GONÇALO M. TAVARES

BUCAREST-BUDAPEST: BUDAPEST-BUCAREST

Traducción de Rita da Costa

Nørdicalibros
colecciónminilecturas

Gonçalo M. Tavares

Bucarest-Budapest: Budapest-Bucarest

y otros relatos

Traducción de
Rita da Costa

Nørdicalibros
Pronto llegará la nieve, se siente en el aire
www.nordicalibros.com

Dedicado a Luís Mourão (1960-2019),
profesor universitario,
estudioso de la literatura portuguesa,
un hombre rápido, inteligente, generoso.

BUCAREST-BUDAPEST:
BUDAPEST-BUCAREST

I

Han llegado de Budapest. Dos bultos en la noche. Dos manchas oscuras sobre una gran mancha oscura. Pero las dos pequeñas manchas oscuras se mueven, tienen un objetivo; en lo que respecta a la noche —esa gran mancha oscura—, todo parece indicar que no, no tiene objetivo alguno.

Primero destruyen el candado. La cerradura de la puerta del almacén es robusta. Recurren al fuego. Tras un empujón impetuoso, dos cuerpos contra un portón alto y ancho, pero ya sin cerradura. Igual que una persona indefensa: un portón indefenso con la cerradura rota.

Los dos hombres se adentran en una nueva oscuridad, una oscuridad más pequeña, cerrada, organizada. Dentro de la noche, pero fuera de la noche.

Saben bien lo que buscan, esos dos hombres. Hay muchos objetos guardados en el almacén, pero los dos hombres no vienen de visita, no se han perdido. Saben lo que quieren: ahí está.

La luz de la linterna hace evidente lo que, al otro lado, la enorme estatura de la cosa hace también evidente. Luz a un lado y proporciones gigantescas al otro.

—Ahí está —murmura uno de los hombres.

Se acercan. Apartan todo lo que hay delante.

Tarea difícil. Muchos objetos guardados, objetos valiosos, varias piezas de oro. Pero no es oro lo que buscan, circunstancia que de pronto vuelve aún más extraña esta incursión nocturna, este asalto: cuando alguien no quiere el oro y lo desprecia es porque quiere algo todavía más poderoso, y ese deseo asusta. No se precipita quien teme a los hombres que hacen caso omiso del oro; es lógico temerlos más aún que a los hombres obcecados con ese metal.

En realidad, no. Lo único que quieren los dos hombres es ese objeto enorme que mide más de dos metros.

Uno de los hermanos busca y encuentra un taburete. Lo coloca junto al enorme bulto que se erige como el único objeto del delito. Es una estatua, como salta ya a la vista. Y esa estatua es lo que pretenden robar. Sin embargo, está envuelta en un plástico que la recubre por completo; hay que confirmar que se trata de la estatua que buscan. Sería un desastre robar la estatua equivocada.

Entonces uno de los hermanos se encarama al taburete. La sensación es idéntica a la que experimentamos en un velatorio cuando vamos a mirar por primera vez el rostro del difunto para confirmar que es de veras el difunto, que la cara del vivo aún se reconoce en la del muerto.

Es el hermano más joven el que se encarama al taburete. Desde abajo, el otro le dice en voz baja que rasgue por la fuerza, con las manos, el material que recubre el rostro de la estatua. Ya volverán luego a taparlo, no pasa nada.

El hombre más joven está delante de un plástico al otro lado del cual se adivina un rostro velado. Con las dos manos y haciendo un gran esfuerzo, rasga el envoltorio de arriba abajo en la parte que deja entrever el rostro de la estatua. Detrás de ese plástico hay otro más. Aún no se distingue la cara de la estatua.

—Hay varias capas de plástico —dice el hermano más joven desde arriba.

Abajo, mientras tanto, el otro hombre dirige la linterna hacia la parte de la estatua en la que diez dedos recuperan su brutal intensidad.

Las capas de plástico son gruesas, no puede rasgarlas sino de una en una.

—¡Sigue así! —murmura el hermano mayor desde abajo.

Rasga la segunda capa de plástico, pero queda todavía una tercera capa, que al parecer es la última.

—Es la última —confirma desde arriba.

—¡Adelante! —dice el hermano mayor, el que está abajo y apunta con la linterna hacia el rostro todavía cubierto de la estatua.

Allá arriba, antes de llevar a cabo una acción brusca, el hermano más joven ciñe la última capa de plástico al rostro de la estatua. Abajo, el otro dirige la linterna con precisión.

—¿Es él? —pregunta desde arriba el más joven.

El mayor, desde abajo, hace la misma pregunta.

—¿Es él?

El hermano más joven es el que tiene el rostro más cerca, podría confirmar o negar la expectativa más fácilmente.

—No estoy seguro —responde, sin embargo, desde arriba.

Y no lo está. Con el plástico pegado al rostro y la luz incidiendo sobre él, no se distinguen bien las facciones. La estatua, en ese momento, aún podría ser de cualquier persona; todo es posible.

Es una figura humana, desde luego, eso sí que puede confirmar el hermano más joven; reconoce con las manos la nariz de piedra, la boca, los ojos, el buen trabajo del escultor. Es un hombre, no puede ser otra cosa. Pero podría ser cualquier hombre.

Están casi seguros, pero hay que con-

firmarlo.

Recuperado del esfuerzo anterior, el hermano más joven rasga ahora la última capa de plástico; al fin el rostro de la estatua queda visible.

—¿Es él? —pregunta de nuevo, ansioso, el hermano mayor.

Su linterna apunta ahora a la nuca de su hermano, que, sin darse cuenta, se interpone entre el rostro finalmente descubierto de la estatua y sus ojos expectantes.

La pregunta vuelve a sonar desde abajo:

—¿Es él?

—Sí —contesta con voz apagada, desde arriba, el hermano más joven.

Es la voz de quien acaba de llevarse un susto. Una voz estremecida. Y es raro, pues ha visto lo que esperaba ver. Es el rostro que buscaban.

—¿Es él? ¿Es él?

Allá arriba, el hermano más joven se aparta y deja que la luz de la linterna se refleje desde abajo sobre el rostro de la estatua.

Ahora sí, la respuesta ha quedado clara para ambos. Es lo que buscaban. La luz de la linterna parece temblar en el instante de reconocimiento del rostro, como si fuera capaz de un movimiento minúsculo, pero de gran intensidad. Una pequeña luz en torno a un rostro.

—¡Es él! —se oye desde abajo.

El haz de luz señala ahora ese rostro como si lo tocara. Los rasgos, que en un primer momento parecían generales, se vuelven inconfundibles a cada segundo que pasa. Han encontrado lo que buscaban. Es el rostro de Lenin, sin duda.

Es él. Es él.

A

En tren de Bucarest a Budapest

1. El tren avanzaba, la luna iba alta, Miklós consultó el reloj: el cristal estaba roto, la aguja de las horas había desaparecido.

2. No sabes qué hora es, Miklós, pero mira por la ventana. Fíjate en la luz.

3. El pensamiento relacionado con las cuestiones difíciles ha quedado en suspenso, porque ahora Miklós centra toda su energía intelectual y también los dedos, su mano evolucionada, en abrir la ventana. Pero es en vano.

4. Este tren…, ¿este tren se está cayendo?

5. El empleado no contesta.

6. Por supuesto que no se está cayendo, dice alguien.

7. Todo veneno es, en cierto sentido, un aprendizaje: el cuerpo se halla ante lo extraño, se altera; aprende en el límite lo que antes no sabía: cómo se muere.

8. Estás en el lugar del novio, Miklós, esperando. Pero lo que viene se llama miedo: una novia indeseada.

9. Duele pensar, por lo que agachas la cabeza como si intentaras esconderla. Pero no puedes dejar de pensar. Alguien encendió algo, antes de que tú llegaras, y ahora eres incapaz de apagarlo, de desconectarlo. Y esa cosa que no puedes desconectar está en tu cuerpo.

10. Fabricar la estructura de Dios, piensa Miklós. Imaginarla primero. Luego dibujarla y encargar los materiales a continuación. Sin embargo, Miklós es sencillamente incapaz de abrir la ventana en la realidad.

11. El desmoronamiento de la voluntad, qué extraño: es de lo más silencioso.

12. Como si el mundo no fuese mundo, sino una película: puedes entrar en ella, pero no puedes tocar las cosas: nada alteras. Estás como muerto en medio de una película: no sois materiales mezclables, el mundo y tú.

13. Como si hubiese agotado toda capacidad de diálogo con su propio cuerpo, Miklós se sienta. Se rinde.

14. El cerebro no está en el lugar adecuado.

15. La civilización se construyó a partir de las paradas. La velocidad es incivilizada, es brutal, algo no humano. Solo estando parado construye el hombre, piensa Miklós.

16. Miklós participa tímidamente en lo que hacen sus manos, que golpean con fuerza la pared de la madera frágil del vagón. Hay algo que no se rompe. La mano lo nota, pero a diferencia de él está metida hasta el fondo. Se hace daño en la mano como si alguien le hubiese susurrado un secreto: no oye bien. Es como si la mano estuviese lejos. La mano le duele en la distancia.

17. ¿Incluir en el mundo la mano que ya no sientes —y, por tanto, excluirla de tu cuerpo— o incluirla en los efectos de alguna forma de amnesia?

He aquí el pensamiento que formula Miklós, sin acabar de entender qué le está sucediendo.

18. Miklós grita: ¡Mi mano!

Alguien, mientras tanto, dice cruzando el vagón a paso vivo: Hemos llegado, el tren se está deteniendo. De Bucarest a Budapest.

19. Musculatura y luego velocidad exterior: metros por segundo. La atención de Miklós vacila entre su mano y el tren que se detiene. Un dolor furioso y una novedad al otro lado. ¿Dónde estamos?

20. Esa pregunta siempre lo ha fascinado: ¿dónde estamos?

21. A pesar de todo, no puedes formular preguntas desde un lugar ajeno a tu propio cuerpo. Es tu cuerpo el que pregunta.

22. Infantil. Tomarle las medidas a lo que te asusta. Por ejemplo: la estatura del demonio. Una sola regla basta para apaciguar mil temores; pero somos racionales porque tenemos miedo.

23. Miklós apoya el pie en una zona, un espacio físico. Ni demasiado fuerte, ni demasiado temeroso.

24. ¡Hacia el centro!, dice alguien.

Pero el centro parece haber sido ocupado ya por una máquina.

¿Cómo que hacia el centro?, pregunta alguien. Hay una máquina. La máquina ha ocupado el centro. Miklós se apea del tren. Olvida lo que estaba pensando.

25. Veinticinco peldaños. Miklós los ha contado. Los veinticinco peldaños de una escalera. Es una escalera demasiado alta, no es esta. No se corresponde con la fotografía.

26. Sabe que su madre ha muerto. Recibió la noticia ayer. Quiere llevarla de vuelta a su tierra. Enterrarla junto a la casa de Bucarest, su lugar de origen.

¿Y dónde está su madre muerta? En Budapest, en lo alto de esa escalera.

II

El robo había sido sencillo. Ya nadie se fijaba en la estatua de Lenin.

Los dos hermanos habían usado las herramientas necesarias y suficientes, categoría en la que podría incluirse el tiempo.

Hubo de pasar otra noche para que el fuego bien dirigido fuera desgastando la base de la estatua.

Nadie los molestó. La estatua había sido relegada a un almacén situado más allá de la ciudad de Bucarest. En las afueras.

Habían recibido al otro lado de la frontera, en Budapest, la información de que el almacén no estaba vigilado. Alguien había abandonado primero la estatua y después el almacén donde la guardaban. Habían llevado la estatua al almacén para que cayera en el olvido, y una vez olvidada la estatua eran libres de olvidar también el almacén. Es una técnica antigua, la de las muñecas rusas: una capa sobre otra, sobre otra, hasta que el interior desaparece, cae en el olvido.

La estatua aún era importante, porque la memoria de los hombres aún funcionaba. Sin embargo, por fuera, en lo que podríamos llamar la siguiente capa, el almacén se presentaba como un recipiente poco emocionante; y el recipiente en que, a su vez, se encontraba el almacén —un barrio de las remotas afueras de Bucarest— era aún menos relevante.

Allí, olvidada por todos en un rincón insignificante de las afueras de Bucarest, estaba la estatua de Lenin.

1. En Budapest, Miklós buscaba simplemente una escalera y, para reconocerla, se valía de una fotografía; era lo único que tenía. No era una escalera imponente, sino todo lo contrario. La fotografía que Miklós llevaba consigo era una pista o señal rayana en lo invisible. Un tramo de escalera de un edificio corriente, o eso parecía. Encontrar esa escalera tal vez fuera posible, pero exigía mucha paciencia.

2. En Budapest las piscinas son el agua posible, puesto que no hay mar. Pero el agua a treinta y ocho grados centígrados (o más) pasa a ser otro elemento líquido, una sopa a la que se dirige una especie de ingredientes voluntarios, hombres y mujeres; humanos que solo dan sabor al caldo. Luego salen, horas después, intactos y, quién habría de decirlo, con renovados bríos.

3. Pero los húngaros inventaron distracciones originales y alegrías corporales privadas entre muchas otras pensadas para disfrutar en animada compañía. Alegrías y vida social desarrolladas en un entorno subacuático; solo la cabeza que asoma por encima del agua puede observar el cambio de tonalidad del cielo cuando el día, sin egoísmo, prescinde de su claridad.

4. Por supuesto que Miklós no había salido de su casa en las afueras de Bucarest para ir a los baños, ni para buscar un tramo de escalera y luego llorar junto a ella, sino que iba en busca de alguien que había vivido en un piso que empezaba allí donde terminaba ese tramo de escalera. Pero sin una dirección ni cualquier otra seña, Miklós solo tenía esa foto de seis peldaños para guiarse y su tarea se confundía con la de un loco que llamaba a los timbres inventando excusas para poder observar la escalera de cada edificio.

5. Al cabo de unas horas, Miklós ya se veía como un taxónomo, un Linneo de los peldaños. Conocía sus distintas inclinaciones, reconocía al primer vistazo de qué material estaban hechos y hasta deducía con facilidad si la escalera estaba restaurada o si conservaba su aspecto original.

6. En lo alto de ese tramo de escalera que buscaba, vivía hasta la víspera una mujer: su madre.

III

El principal problema era el transporte. Nadie se fijaba ya en la estatua de Lenin guardada en un almacén de una ciudad de provincias, pero qué duda cabe de que eso cambiaría si la estatua se pusiera, por así decirlo, en marcha.

El movimiento era una forma de hacer visible lo que la inmovilidad anterior había transformado en algo inexistente.

Era del todo absurdo pensar que sería posible recorrer varios kilómetros y luego cruzar la frontera con la enorme estatua de Lenin en la parte trasera de la camioneta.

Los dos hermanos sabían qué tenían que hacer. Todo estaba planeado de antemano.

Habían recibido el encargo dos meses atrás y el dinero que iban a cobrar les alcanzaría para toda la vida. El plan se había estudiado teniendo en cuenta todas las variables.

Si los sorprendían transportando la estatua de Lenin no se librarían de la cárcel, todos lo sabían. Se había decidido de entrada, nada más empezar la planificación, que la estatua no se llevaría entera a Budapest. Bucarest-Budapest: un trayecto largo.

Fue por este motivo por el que, aquella noche, se llevaron a cabo varias tareas en el almacén. La más brutal de todas fue la siguiente: con una sierra circular eléctrica adecuada a la resistencia del material, los dos hermanos —colocados uno a cada lado del potente instrumento— separaron la cabeza de Lenin del resto de la estatua.

La tarea se demoró, ya que la piedra ofrecía una resistencia inusitada y los dos hermanos se vieron obligados a parar cada diez minutos para descansar. En esas pequeñas pausas intentaban estirar los músculos que la tensión del esfuerzo parecía haber acortado.

Llevaron a cabo esta tarea a oscuras, todavía en el almacén. Y, en cierto sentido, el hecho de que no vieran lo que estaban haciendo la convertía en una tarea como cualquier otra. La ausencia de luz que se había establecido como una protección frente a posibles visitas inesperadas pasó a ser, quizá, una forma de protegerse de sí mismos: al fin y al cabo, estaban cortando la cabeza de Lenin, separando la cabeza del resto del cuerpo. Incluso ellos, que eran relativamente jóvenes, se sentirían consternados si viesen a las claras lo que estaban haciendo. ¡Estaban cortando la cabeza de Lenin!

En cualquier caso, la precaución de la oscuridad era del todo incoherente,

pues, si bien no se los veía, se los oía, y mucho, ya que el ruido de la sierra al cortar la piedra por la parte del cuello se distinguía perfectamente en medio de los discretos sonidos nocturnos. Sin embargo, estaban lejos de todo. Nadie los molestaría.

La tarea concluyó cuando el hermano mayor asestó el golpe final mientras el más joven sujetaba, con las manos y mucho esfuerzo, la cabeza de Lenin, la pesadísima cabeza de Lenin. Fue el hermano más joven quien, en medio de la oscuridad, posó la cabeza de Lenin en el suelo del almacén. No bien lo hizo, empezó a temblar. Pero, como todo estaba a oscuras, nadie lo vio.

C

1. Su madre podría haber cambiado de dirección, pero, si daba con la escalera de la fotografía, habría encontrado el camino que un día ella emprendió, y eso sería un gran salto: ¿qué sabía él de sus orígenes? Solo sabía, si es que se le puede llamar saber o conocimiento, solo sabía *esa* fotografía. Sabía una imagen. Y, a sus treinta y siete años, el pasado y los orígenes le interesaban bastante más que las incontables melodías que su virtuoso violín aún podría aprender.

Era músico, pero su madre estaba muerta desde la víspera.

IV

En cuanto se recuperaron del esfuerzo, se aplicaron a un esfuerzo aún mayor. Tendrían que colocar el cuerpo de la estatua en la camioneta que el hermano mayor conduciría.

Con la ayuda de palancas y del material adecuado, lograron colocar el cuerpo de Lenin en la parte trasera de la camioneta. Además de los plásticos que ya la cubrían originalmente, taparon el cuerpo con decenas de mantas. La camioneta de caja abierta llevaba ahora lo que, a primera vista, parecía una pila informe de

ropa usada.

Si por casualidad le dieran el alto, algo que seguramente ocurriría en la frontera, y la policía aduanera se detuviera a inspeccionar el contenido de la camioneta, lo que llevaba era básicamente piedra; nada más que piedra.

Porque lo más extraordinario de todo es que esa estatua decapitada podría ser de cualquier persona. Nada la identificaba del cuello hacia abajo. Nadie podría saber que se trataba del cuerpo de Lenin.

Todo estaba en la cabeza. Todos los rasgos distintivos de la estatua se concentraban del cuello para arriba, y los dos hermanos sintieron un profundo escalofrío al reparar en ello, más aun teniendo en cuenta que las dimensiones del cuerpo de la estatua —aun sin la cabeza— eran significativas. Pero era la cabeza lo que permitía identificarla. Era allí donde residía el peligro. Solo por la cabeza podrían descubrirlos y detenerlos. El resto era insignificante.

Sin embargo, el plan había sido diseñado al milímetro.

El hermano mayor había partido ya, al volante de la camioneta que llevaba en su parte trasera el cuerpo de Lenin. Había partido hacia la frontera, hacia Budapest, donde lo esperaba el millonario que los había contratado.

¿Para qué querría el millonario la estatua? ¿Qué más les daba eso? No era algo que incumbiera a gente como ellos. Habían recibido un encargo y lo estaban cumpliendo.

Mientras, el hermano más joven había dejado la cabeza de Lenin con mucho cuidado en una cesta que, por fuera, parecía un vulgar capazo de los que se usan para transportar fruta o alimentos. Había puesto la cabeza en su interior y la había rodeado primero con diarios y luego con manzanas, llenando la cesta hasta arriba. La tapó y destapó dos veces. Cada vez que la destapaba no veía más que fruta. Solo si alguien hurgara entre las manzanas descubriría al fondo algo demasiado duro para ser un alimento. Solo si alguien notara el peso de la cesta se extrañaría.

Así pues, sujetó la cesta a la parte posterior de la bicicleta. Ese era el plan. Él, el hermano más joven, tenía la gran responsabilidad de transportar la cabeza de Lenin. Llevaba la parte más peligrosa, la que, en caso de ser descubierto, lo enviaría a la cárcel.

Y es que, si el contenido de la camioneta del hermano mayor salía a la luz, podría causar extrañeza, pero no sería la prueba explícita de ningún delito grave. Alguien transportaba la parte inferior de una estatua de un lado al otro de la frontera. Nada más que piedra. Quizá robada, pero nada más que piedra.

La cabeza era harina de otro costal. Todos reconocerían la cabeza de Lenin. Era un delito. Un delito material, moral, psicológico e histórico. Era un delito

grave, difícil incluso de circunscribir legalmente. Trascendía hasta la noción de puro delito. Era algo bastante más intenso.

Precisamente por eso, la bicicleta era el medio de transporte ideal, inocente e ingenuo al punto de constituir la mejor manera de cruzar la frontera con la cabeza de Lenin. ¡La cabeza de Lenin cruzaría la frontera sobre dos ruedas! Cada vez que lo pensaba, Joachim, el hermano más joven, casi se echaba a reír. Sin embargo, recuperaba la seriedad al instante y se preguntaba si esa tarea no supondría desafiar demasiado al destino o a cualquier otro observador moral invisible que había aprendido a temer.

En términos prácticos, el peso imponía respeto, pero la tarea era factible. Según lo acordado, el hermano mayor ya había partido en la camioneta y él se había quedado atrás. Primero cruzaría la frontera el cuerpo y solo mucho después lo haría la cabeza.

Entre el cuerpo y la cabeza habría una separación de varias semanas. Más de un mes. El tiempo suficiente, o eso esperaban, para que el eventual hallazgo de una estatua sin cabeza no alimentara la expectativa de ver llegar una cabeza sola.

El esfuerzo que debía hacer Joachim, el hermano más joven, el fornido hermano más joven, era impresionante.

Esa misma noche se puso en camino, un camino que tardaría más de cuatro semanas en recorrer. Allá iba, por carreteras principales y secundarias, pedaleando hacia la frontera, llevando en la cesta de la bicicleta muchas, muchísimas manzanas y también la importante cabeza de Lenin.

D

1. En Budapest, Europa se confirma, desde el punto de vista arquitectónico, como un continente de baja estatura; el río Danubio manda y la ciudad se compone de calles paralelas o perpendiculares al principal curso de agua, como si este fuera un dios antiguo. Ningún edificio ha crecido demasiado. Ese crecimiento se delegó en los hombres húngaros, que son altos y anchos, quizá por efecto de esos enormes platos de comida que parecen constituir un relato en sí mismos, con acontecimientos que se suceden entre sí. Esos platos no se ingieren de una

sentada como sucede con una comida normal y corriente. Al contrario, ante ellos surge la necesidad de tomar una decisión similar a la del narrador: ¿por dónde empiezo, qué parte dejo para el final?

2. Miklós ha alquilado un coche y lleva ya a su madre, muerta, en el asiento trasero.

Había encontrado la escalera y, en lo alto de los escalones, una puerta donde una anciana guardaba el cadáver reciente de otra anciana. Eran amigas, pero él era el hijo. Quiero enterrarla cerca de mi padre, dijo. Y se la llevó.

V

El paso de la camioneta por la frontera no fue más difícil de lo imaginado. La reglamentaria inspección policial dejó claro enseguida que no se trataba de una mercancía normal. No era sencillamente piedra, sino la parte inferior de una estatua.

Los dos policías de la frontera, hablando en un tono de voz discreto que ya anunciaba lo que pretendían, bromearon un poco con Rodaph, el mayor de los dos hermanos. ¿Qué pasa, te has olvidado de la cabeza? ¿Dónde la has robado? ¿Robas una estatua y te dejas la cabeza?

Al tiempo que se defendía murmurando que aquello no era más que piedra, Rodaph les ofrecía con suma discreción una cantidad de dinero suficiente para convencer de inmediato a los dos policías, uno más alto, el otro más corpulento y de aspecto más amenazador.

Entre los tres hablaron todo el rato en un tono casi íntimo. Era lo normal, nada nuevo. Era en ese tono de voz —que de vez en cuando dejaba brotar alguna frase inconsecuente—, era así, en ese diálogo casi amistoso, como se hacían los negocios. La conversación no se alargó demasiado. A nadie le interesaba que otros policías se acercaran.

Rodaph se subió a la furgoneta.

—¡Adelante! —ordenó el agente más corpulento.

La furgoneta avanzó, primero muy despacio y luego, un poco más allá, a un ritmo normal. El cuerpo de Lenin acababa de cruzar la frontera.

E

1. Está prohibido transportar un cadáver en el asiento trasero de un coche, por más que sea de alquiler, pero varias mantas y diarios ocultaban todo vestigio, y además Miklós había puesto la música de la radio a todo volumen, como si el sonido pudiera atenuar en parte el olor que ya empezaba a notarse.

Lo cierto es que, al menos en su opinión, parecía funcionar.

VI

La cabeza era un caso distinto. Nadie se dejaría sobornar por mucho dinero que le ofrecieran para dejar pasar la cabeza de Lenin. No era una cuestión de precio, sino de conciencia histórica, asociada a la nítida percepción de que sería un delito imperdonable aceptar un soborno para dejar que la cabeza de Lenin pasara al otro lado de la frontera.

Bucarest-Budapest: Budapest-Bucarest

(EPÍLOGO I)

Un mes y tres días. Esa es la distancia temporal entre el paso de la camioneta conducida por Rodaph y el momento en que dos policías dieron el alto a su hermano más joven, Joachim, que iba en bicicleta.

Segundos antes había pasado el control del otro lado sin suscitar más que un simple gesto con la mano para que siguiera adelante. ¡Solo es una bicicleta!, habrían pensado los policías del otro lado de la frontera.

Pero en el lado húngaro lo mandaron parar los mismos policías que semanas antes habían negociado con su hermano: uno más alto, el otro más corpulento y de aspecto más amenazador.

En el sentido contrario no venía nadie. La situación era tan tranquila que un tercer policía se acercó a la pareja inicial. Ahora los dos amiguetes no estaban solos, y la llegada de ese compañero eliminaba toda posibilidad de chantaje o negociación. Si no podían hacer negocios, se veían obligados a cumplir con su deber.

—¿Qué hay en la cesta? —preguntó el policía de aspecto más amenazador.

Joachim se había bajado de la bicicleta, sujetándola con una fuerza que intentaba disimular (¡cuánto pesaba la cabeza de Lenin!).

—¿Podemos echar un vistazo…? —El policía más amenazador formuló la pregunta mientras se acercaba ya a la cesta de la bicicleta.

Joachim temblaba sin darse cuenta de que lo hacía. Había tres hombres alrededor de una bicicleta, algo totalmente absurdo y que solo se explicaba por la momentánea ausencia de trasiego.

En el sentido contrario —saliendo de Hungría—, llegaba en ese instante un

coche.

Al volante iba Miklós.

Budapest-Bucarest: Bucarest-Budapest

(EPÍLOGO II)

No bastó con poner la música a todo volumen. De hecho, eso molestó al único policía que había junto al coche.

—Haga el favor de bajar el sonido —ordenó el policía a Miklós en tono desabrido.

Con el sonido atenuado, el olor que venía de la parte trasera del coche se hizo más evidente. Era un olor que un policía experimentado no podía confundir.

Cuando, a escasos metros de allí, en el sentido opuesto, el policía más temible se disponía a abrir la cesta de la bicicleta en la que Joachim llevaba escondida la cabeza de Lenin, se oyó la voz del policía que había dado el alto a Miklós, llamando a los demás.

—Venid a ver esto, deprisa.

Al instante, los tres hombres dieron la espalda a Joachim y su bicicleta y fueron hacia el coche. Uno de los policías se llevó la mano a la nariz. El olor del cadáver era nauseabundo.

Mientras dos de los policías ordenaban a Miklós que se bajara del coche, los otros dos abrieron la portezuela trasera y destaparon rápidamente el cadáver.

—¡¿Qué es esto?! —exclamó uno de los policías.

—Es mi madre —dijo Miklós—. Quiero enterrarla en mi tierra.

Uno de los policías le sujetó las manos con fuerza sobre la espalda mientras otro le presionaba el cuello. Reinaba la confusión y los policías estaban tensos y excitados. ¡Un hombre con un cadáver en el coche!

Al otro lado, mientras tanto, Joachim alzó el brazo como preguntando si podía avanzar.

Alguien, casi sin prestarle atención, lo mandó seguir.

—¡Queda detenido! —gritaba de modo vehemente uno de los policías a Miklós mientras, en el sentido contrario, Joachim pedaleaba ya, sin mirar atrás y todavía temblando, en dirección a Budapest, transportando con el esfuerzo de los músculos de sus piernas, cada vez más cansadas, la cabeza, la grandiosa cabeza de Lenin.

LA FOTOGRAFÍA.
HISTORIA DEL VAMPIRO
DE BELGRADO

Primera parte

1

Una mujer que huyó del manicomio se dirigió a la estación central y robó una locomotora para ir en busca de su amado, un amado que tiempo atrás se había alejado de ella. Esta pequeña historia aparece en un libro.[1]

Pensar sobre esto. Robar un tren para ir en busca de alguien. Tratar de encontrar a alguien por medio de algo que solo avanza en línea recta.

No se trata de robar un caballo, una bicicleta, algo capaz de girar a izquierda o derecha, sino de robar una locomotora, una enorme y estrepitosa máquina que avanza sobre raíles.

Eso fue, en cierto sentido, lo que hizo Jelena Nikolic tras quedar mancillada por su contacto con Radislav Gunvaz Vujik, el Vampiro.

2

Del lado de fuera de la puerta, la noche recibe sentencias mudas y no visibles, sentencias que, liberadas en el aire, susurran al oído de los animales llenos de rabia e inquietud: tranquilo, siéntate, descansa, no luches, mira, observa, déjate vencer por el sueño, no reacciones. En el fondo, les están diciendo: deja que el

otro salga victorioso, deja que el otro te aplaste. Y así el hermoso paisaje los tranquiliza, les dice: Siéntate y transforma el acto de ver en el acto de desistir. Y cuanto más hermoso es el paisaje, más fácilmente te rindes, más fácilmente te convence. Y lo que antes eran en ti músculos pasan a ser elementos anatómicos de los que, llegado el caso, tus enemigos podrán colgar un sombrero. Una percha con voluntad, pero no demasiada, ese eres tú ante el paisaje narcótico: ¿qué fumas?, ¿qué estupefacientes te anulan la voluntad hasta que alcanza el límite mínimo por debajo del cual estás muerto y ligeramente por encima del cual estás vivo, desde luego, y respiras, sin duda, pero básicamente obedeces, te pliegas al mundo y los hombres? En el fondo eres capaz de rendir vasallaje a la hermosa montaña como si al otro lado no avanzara un terrible ejército; eso es lo que el hermoso mundo ha hecho de ti: un soldado que obedece al mando más bajo de la jerarquía; sedado por lo que es hermoso, experimentas al fin un momento de pausa y, mientras cierras los ojos, intentas recordar rápidamente en qué dirección no hay cosas que emitan ese oriental instinto de pasividad; y, con los ojos cerrados, aciertas a imaginar que no son menos de mil los peligros que te acechan y exiges entonces que el paisaje en tu cabeza se transforme, como en la cabeza de don Quijote, en movimientos humanos peligrosos y deje así de existir el paisaje como palabra neutra. Y por un instante comprendes al fin el papel de la belleza en el mundo: está ahí, por todas partes, ahora ante ti, a veces a tu espalda; cuántas veces en las fotografías que contemplas, en las imágenes que guardas archivadas, se ha infiltrado de tal modo en el mundo humano que a veces parece que sea lo humano lo que se ha infiltrado en la belleza, pero de pronto lo entiendes: la belleza está ahí, aunque su papel consiste en tapar (que no veas) aquello que se dispone a matarte.

3

Si a un lado de la puerta, el lado de fuera, la noche se fundía con el paisaje para dar lugar a un mero paisaje nocturno, al otro lado, la noche era de una extrañeza obscena.

En este lado semidiabólico (palabra que representa la mitad de la cantidad total de maldad que existe en un espacio diabólico; semidiabólico, y por ello tanto más indefinible), en este espacio, decíamos, la pasión hacía estremecer el

pequeño globo terráqueo que alguien había colocado dulcemente sobre la mesa del comedor. El vaivén de los movimientos rápidos de la fornicación había pasado al suelo de madera, luego a las patas de la mesa y por último al globo, haciendo temblar como nunca la costa de África, el centro de Europa, América y todo el orbe de una forma solidaria y sincronizada, como jamás había logrado ni el más poderoso de los terremotos. Semidiabólico, desde luego, pero ¿cómo se llamaban él y ella? Ella era una prostituta que no había leído una de las primeras anotaciones del diario de su compañero; compañero en esa misión puntual de extraer placer de las partes del cuerpo que hace milenios se especializaron en eso, en producir placer. Radislav Gunvaz Vujik, así se llamaba su compañero, el mismo que había escrito, bajo la fecha del 12 de septiembre, de un modo que solo más tarde se comprendería en toda su explícita y a la vez ambigua naturaleza: me gusta la sangre, me gusta la sangre, me gusta la sangre.

4

La fornicación prosigue, pese a que nadie puede verla, pues lo que vemos son tan solo sus efectos, que nada tienen de simbólicos. Ahí está el globo sobre la mesa, agitándose. El océano Atlántico, el Mediterráneo, el Polo Sur, el Polo Norte, Rusia, hay que ver cómo tiembla, toda Mongolia tiembla; ni desde el transiberiano se ve así Siberia, como si tuviera frío, temblequeando. Hay que ver cómo fornican Radislav Gunvaz Vujik, un hombre que a los dieciocho años había descubierto que le gustaba la sangre, y esa mujer, una prostituta a la que Vujik había encontrado en una esquina del centro de Belgrado.

5

El mundo y su perfil técnico que nunca deja de asombrarnos: más allá de las uñas, que apenas se distinguen de los desechos plásticos que quedan al final de

una fiesta, hay líneas (más o menos) rectas, (más o menos) orgánicas y sensatas a las que llamamos dedos, capaces de colocar, con unos movimientos mínimos, una A y una D en los lugares adecuados, como si de un concurso de puntería se tratara, y así se escribe y se piensa, es decir: nadie sabe cómo se escribe y se piensa, y por suerte no hay motor ni mecánico que valga; cuando la máquina se estropea, el psicoanalista y el que opera directamente el cerebro son, en los momentos álgidos, aprendices de mecánico, aprendices que observan el motor blando como si fuera una invención reciente destruida por el agua o el fuego y, por eso mismo, todavía más ilegible, indefinible, incomprensible. ¿En qué parte, por ejemplo, empieza el cerebro? ¿Dónde arranca y dónde acaba la estructura del cerebro?, una pregunta de lo más básica para la que no hay respuesta, pues resulta que esa cosa no tiene boca ni cola, no tiene un lugar por el que entren los alimentos, intactos, ni otro por el que luego salgan; no tiene agarraderas, no tiene prólogo ni epílogo, y sin embargo ese elemento informe sigue sorprendiéndonos, después de siglos hablando de él, pintándolo, elaborando estadísticas, y por tanto nos preguntamos: ¿En qué pensaba el cerebro de Vujik? ¿Cómo pensaba el cerebro de Gunvaz Vujik? Y más importante aún: ¿cómo detener el funcionamiento del cerebro de Radislav Gunvaz Vujik? Ese cerebro que decía para sus adentros «me gusta la sangre» y que en cierta ocasión había escrito: sangre del siglo xxi, algo que podría llevar a confusión, pues todos pensamos, de entrada, que el pensamiento nace de movimientos químicos y por eso concluimos de inmediato que nada distingue la sangre del siglo xxi de la sangre del siglo xx, la sangre de la Edad Media de la sangre del tiempo de Cristo. ¿Qué sabes tú de la composición de la sangre, aparte de lo que has aprendido en la enseñanza básica: leucocitos, plasma, glóbulos rojos, plaquetas?

Pero cuando Radislav Gunvaz Vujik hablaba de sangre del siglo xxi se refería a otra cosa.

6

Observemos con mayor detenimiento la vida de Radislav Vujik, a quien los demás habitantes de su pequeña ciudad de provincias solo reconocían si a Vujik se asociaba la palabra *vampiro*.

—¿Vujik? No.

—¿Vujik, el Vampiro? Sí, sé quién es.

7

En Belgrado, Radislav Vujik, el Vampiro, engrosaba año tras año su archivo, un impresionante archivo de imágenes con una sola característica: debían ser imágenes hermosas. Allí la fealdad no tenía cabida, ni lo grotesco, ni el asco, ni la violencia, ni lo deforme, ni la discapacidad, ni el accidente: un archivo de imágenes sobre la belleza, fotografías que captaban lo sereno, lo tranquilo, aquello que en el mundo de las cosas y los hombres parecía tener una duración ciega, una duración interminable; una belleza exenta de amenaza, ese sería uno de los nombres posibles para el extraordinario archivo de Radislav Vujik, situado en un piso cercano a la agitada y bohemia calle Skadarska de Belgrado.

8

Y era justo allí, debajo de los tres pisos del archivo, en la planta baja, donde la prostituta Marka lo hacía todo correctamente —imitando incluso el entusiasmo correctamente— para sacarle unos billetes a su cliente, que atendía al nombre de Radislav Vujik, el Vampiro.

Tras los incidentes habituales que el trayecto de la fornicación siempre contempla, trayecto que, pese a ocurrir en dos cuerpos parados, no deja de serlo —los cuerpos, si bien inmóviles, recorren una zona que está a punto de dejar de ser espacio para devenir tiempo, pero que no sobrepasa ese límite—, porque los dos cuerpos que fornican, en este caso la hermosa prostituta Marka y Radislav Vujik, el Vampiro, si bien inmóviles —si se comparan con una carrera de los cien metros lisos o, en una escala distinta, con una maratón o la gimnasia olímpica—, en realidad se mueven y de qué manera, es decir, unos centímetros a un lado y al otro, y a veces se produce incluso un brusco cambio del punto de vista: quien

veía desde arriba un rostro más o menos humano y enrojecido, fingiendo o sintiendo placer, ve ahora, desde abajo o de costado, un rostro más o menos humano y enrojecido fingiendo o sintiendo placer. Y estos cambios que, desde un punto de vista geográfico, podrían considerarse nimios, son en este contexto —el de un pene cabalgando una vagina en distintas posturas (tanto del caballo como del jinete, cuyos papeles, de hecho, se intercambian constantemente)— un trayecto en el más puro sentido de la palabra. Así pues, Radislav avanza sobre la prostituta Marka como si esta fuera un atajo; y la prostituta Marka, inconsciente, avanza sobre el cuerpo de Radislav Vujik, el Vampiro, como si su cuerpo fuera una calle central, un camino inequívoco que se ve obligada a recorrer si quiere llegar a casa. Y hete aquí que dos cuerpos fornican y avanzan siguiendo trayectos totalmente distintos: el recorrido de Radislav Vujik discurre, como se ha dicho ya, por un atajo donde los problemas pendientes de solución son incontables y cada diez metros hay una decisión como la que surge ante un cruce —¿Hacia dónde voy, izquierda o derecha?, ¿cuál es el camino más corto?—, ese tipo de preguntas. Pero lo que complicaba todo esto era que, a veces, a la hora de fornicar, la pregunta era otra: ¿Cuál es el camino más largo?, ¿cuál es el atajo del atajo que tomará Radislav Vujik, el Vampiro, para permanecer allí durante más tiempo?

Con atajo o sin atajo, ambos terminan. Limpian el polvo con el que se han ensuciado en ese trayecto mínimo y Radislav Vujik guía a Marka hasta la primera planta, donde guarda su archivo.

Los dos suben por una escalera sinuosa, una escalera ambigua que parece dudar entre ascender o avanzar en línea recta, lo que demora a ese hombre, Radislav Vujik, y a esa mujer, Marka. Cuando por fin llegan arriba, Radislav Vujik abre uno de los cientos de cajones que tiene delante y empieza a sacar fotografías que va dejando sobre una mesa. Marka se queda fascinada contemplando esas imágenes porque en realidad se halla, como rara vez se hallan los humanos, ante la belleza, ante imágenes sucesivas de cosas hermosas, perfectas, intocables; paisajes, objetos, rostros de hombres y mujeres que parecen inmunes al polvo, a los días y las noches; y Marka, que se ha acostumbrado a hurgar entre la fealdad y la violencia en busca de un mendrugo de pan duro que llevarse a la boca, Marka está, por primera vez en su existencia, delante de la inequívoca belleza.

Sin embargo, Radislav Vujik, el Vampiro, no está allí para mostrarle la belleza a una prostituta. No es ese su papel en el mundo. Radislav Vujik gruñe —he aquí un buen término—, es decir: intenta hablar. Hay sonidos broncos que Marka casi

alcanza a entender, aunque no acaba de hacerlo. ¿Qué dice este hombre?, un hombre —ha llegado el momento de decirlo— que no habla, que no logra articular una sola palabra de forma clara, que emite sonidos grotescos mientras señala con el dedo índice, que parece hablar mejor que su boca. No tiene palabras, pero tiene dedos el sordomudo Radislav Vujik, el Vampiro.

9

Si Radislav Vujik pudiera hablar, ¿vería del mismo modo las imágenes de belleza que tiene delante?

Es una pregunta para la que nunca habrá respuesta.

Sin embargo, de pronto, mientras sigue sentado, Radislav Vujik —el sordomudo Radislav Vujik— aparta una fotografía de todas las demás: la hermosa fotografía de la Puerta de Brandemburgo de Berlín. Marka no reconoce la imagen, no ha estado en Berlín. Se lo quiere preguntar, pero se reprime antes de hacerlo, pues en poco tiempo las preguntas desarrollan cierto pudor en presencia de un sordomudo. Y, además, hay otras cuestiones que en esas circunstancias se solapan rápidamente y exigen ser expresadas. Y es que Radislav Vujik toma la fotografía de la Puerta de Brandemburgo —una fotografía en color donde las estatuas parecen anunciar algo tan fascinante y sereno que, si tuviese nombre, se asemejaría al nombre de la tercera paz mundial—, el sordomudo Radislav Vujik toma, decíamos, la fotografía en color, la acerca a su boca y, en el momento en que Marka hubiese esperado a lo sumo un beso, un gesto contenido, el conjunto de las manos y la boca de Radislav Vujik produce un movimiento inesperado y continuo: la fotografía prosigue su camino más allá de los labios. Radislav Vujik se mete en la boca la hermosa fotografía de la Puerta de Brandemburgo y empieza a morderla primero y luego a masticarla. Radislav Vujik se está comiendo la foto de la Puerta de Brandemburgo y Marka no sabe qué pensar, y menos aún qué decir, y mucho menos qué hacer (he aquí, en un segundo, la estupefacción que paraliza) y el sordomudo Radislav Vujik ya ha deglutido a medias esa comida rápida y casi insultante, y ahora de sus labios empieza a manar algo, una sustancia negra, una tinta —el material líquido, casi invisible, del que se componen las fotografías— que en pocos segundos le ennegrece los labios; y en ese instante, si Marka supiera algo más sobre la biografía de Radislav

Vujik, comprendería por qué motivo lo llaman desde pequeño Radislav Vujik, el Vampiro.

10

Radislav Vujik comprendió hace mucho, desde que el pensamiento cobró distancia respecto a los actos, que su fascinación por las imágenes no termina en los ojos que contemplan. Hay ciertos días —más extraños, más emocionantes— en que su cuerpo exige que esa fascinación por las imágenes desemboque en algo más práctico, un alimento que lo alimente.

Y Marka —a la que algunos hombres habían tratado como tratan a los perros los hombres a los que no les gustan los perros, con desprecio y a patadas— se asusta y se indigna como nunca hasta entonces; y siente un miedo que, pese a todo, no tiene justificación objetiva. Huye de allí, de la primera planta del archivo de Radislav Vujik, baja la escalera, abre la puerta y abandona la casa a la carrera como si Radislav Vujik fuera mucho más terrible que un simple sordomudo que de joven se había enganchado a esa especie de tinta formada por plástico y sales de plata de la que se componen las fotografías.

¿Qué has visto de tan terrible —podría preguntarse Marka esa noche, horas después— para que tu cuerpo tiemble de este modo? Y, si ella describiera objetivamente lo que ha visto, pocos serían quienes no soltarían una carcajada, tachando al momento de injustificable el que una prostituta (que ha visto de todo y sobre la cual los hombres han hecho de todo, ya sea en grupo o en solitario) se indignara por ver a un hombre comiendo imágenes. ¿Acaso no recordaba su propia infancia y ese ingenuo juego infantil, tan común, que consistía en comer papel? ¿Por qué se había asustado tanto?

No hay explicación, de hecho.

Al otro lado de la ciudad, el sordomudo Radislav Vujik se había dormido hacía mucho, tranquilo, con la cabeza y el cuerpo saciados. Tiene la cabeza apoyada sobre la mesa donde un cajón lleno de fotografías permanece abierto y la parte superior del tronco también se apoya sobre la mesa. Visto desde arriba parece dormir como un niño, como solo pueden dormir quienes aún no han atisbado nada del mundo y sus horrores.

Radislav Vujik nunca había aprendido nada de oído, claro está. No se entraba en Radislav Vujik por ese órgano; cerrado al mundo por esa vía, delegaba en los ojos la tarea de comprender que estaba vivo y que a su alrededor había un mundo.

De modo que había ampliado la potencia de los ojos; veía como cualquier otro hombre podría ver, pero en Radislav Vujik la percepción visual era una percepción que hacía preguntas e indagaba. Como la boca no estaba preparada para hacerlo —a la sordera se unía la incapacidad fisiológica para el habla—, Vujik hacía indagaciones con los dos ojos, y las imágenes, cada fotografía, parecían cosas o víctimas que él interrogaba y a veces torturaba, siempre con los ojos.

Devorar las imágenes —extraerles el plástico, las sales de plata—, alimentarse de ellas. En el fondo, estaba claro para Radislav Vujik que las fotografías, después de tragadas, entraban en sus diversos sistemas vitales —el respiratorio, el sanguíneo — y le dejaban la sensación (después de tragar una fotografía, de hacerla desaparecer en la boca) de que, como por arte de magia, la imagen aparecía intacta, reconstituida como la forma final de un rompecabezas, en algún rincón de su mente. Sentía que la imagen del puente de Branko, por ejemplo, que en ese momento acababa de masticar, pasaba ahora por su cerebro entera de nuevo y con los colores iniciales, atravesándolo, fijándose en un punto.

Y no eran pocas las ocasiones en que Radislav Vujik veía en su cabeza una foto milagrosamente intacta avanzando a lo largo de un fluido que no acertaba a identificar en ningún libro de anatomía. Pero de eso se componía su cerebro: de las incontables imágenes que devoraba desde pequeño. Su cerebro no pensaba como el de una persona lógica, mediante argumentos y deducciones, yendo de A a B, sino que el cerebro del Vampiro de Belgrado, Radislav Vujik, pensaba mediante sucesivas apariciones de imágenes; pensaba mediante fragmentos, pedazos de mundo no conectados entre sí. Como si el mundo no fuera un sistema que debemos separar en piezas o fotogramas sino todo lo contrario: que se compusiera inicialmente de sus piezas, de sus fotogramas, y el esfuerzo de unirlos fuera un objetivo artificial, la locura de un fanático religioso que quiere volver a conectar lo que, para Radislav Vujik, nunca ha estado conectado.

En su cerebro, las fotografías estaban esparcidas y organizadas como en su archivo exterior; había un lugar para los puentes —y, nada más entrar en ese lugar del cerebro (así lo sentía, como si entrara en él), accedía a una galería que, en cada pared y en cada rincón, exhibía un puente—, como los de Zagreb, el

puente Ludendorff, los tres puentes del centro de Liubliana, el puente Glienicke, el puente de Kapellbrücke en Suiza, los puentes de Königsberg, etc. En una pared había estatuas y en otra monumentos. Él tenía memoria porque había visto y tragado las imágenes. La memoria era en su caso lo opuesto a una actividad abstracta que envía flujos o voluntad, o que actúa bajo la dirección de elementos aún más vagos. Para Radislav Vujik, el Vampiro, la memoria, el acto de recordar, era similar al de quien busca un muñeco en la que fuera su habitación cuando era un niño y, para hacerlo, revuelve las cosas, abre y cierra cajones, destapa cajas, etc. Se trataba de una acción física que buscaba encontrar, al otro lado, algo también físico. Recordar era encontrar en el propio cerebro la fotografía que un día había masticado; era encontrar esa fotografía no como un alimento después de digerido, absorbido, recortado. Comía las imágenes no para destruirlas, sino para mantenerlas intactas e intocables.

Cuando Radislav Vujik comía una imagen hacía desaparecer del mundo el objeto en ella representado. Los tres puentes de la plaza central de Liubliana, una vez masticada su fotografía, dejaban de tener sentido para él en cuanto cosas que existen en la plaza central de Liubliana y se convertían en cosas que existían dentro de su cerebro. No había nada en el mundo menos interesante para Radislav Vujik que un paisaje, un edificio o un objeto cuya fotografía ya hubiese comido.

[1] Fue Cláudia Clemente quien me contó esta historia, que había leído en alguna parte. *(N. del A.)*.

Segunda parte

1

Había asistido varias veces al ritual, y en cada nueva ocasión su horror inicial se había rebajado. De modo que, muchos años después, Alma Vujik, la hermana de Radislav Vujik, hablaba de ello como quien habla, con cierta vergüenza, del alcoholismo de un pariente. Como si el grado de asco disminuyera con cada repetición. Y, en efecto, así funcionan las cosas.

Había sido Alma Vujik quien había presentado a Jelena Nikolic a su hermano. Le había descrito a su amiga cómo su hermano había tocado la fotografía de la hermosa Marienplatz de Múnich unos meses atrás.

—No le gustan las imágenes de personas. Nunca se las come —había explicado la hermana a su amiga Jelena Nikolic, la futura y desdichada amante de Radislav Vujik.

—Sin embargo —había relatado Alma Vujik a Jelena Nikolic—, acaricia las fotos de paisajes o pequeños objetos como si fueran mujeres, como si quisiera violar las imágenes. Es algo tremendo —murmuró Alma Vujik.

Tercera parte

1. La víspera

La noche previa a aquella en que se acostaron juntos por primera vez, Radislav Vujik y Jelena Nikolic habían hablado largamente, en la medida en que una mujer puede dialogar con un sordomudo.

Radislav Vujik escribía algo en un papel y se lo daba a leer a Jelena Nikolic. Jelena Nikolic escribía algo en un papel y se lo daba a leer a Radislav Vujik. Ella nunca había vivido nada semejante, y ese ritual le parecía divertido.

Él le había hablado de su particular afición: le gustaba comer imágenes de paisajes o cosas extraordinarias. Le encantaba aquella especie de tinta que rezumaban las fotografías —que rezumaba, en definitiva, la belleza— y que solo parecía liberarse cuando se masticaban. Radislav Vujik escribió tres palabras para definir el sabor de esa tinta negra que soltaban las fotografías: tres palabras para describir un placer físico, como había dicho Vujik, muy cercano al sexual. Un sabor que primero es ácido; un sabor adictivo, obsceno. Ácido, adictivo y obsceno, he aquí las tres palabras que el sordomudo había anotado para contestar a la pregunta de Jelena: ¿A qué saben las fotografías?

2. La noche

A veces sucede que, tras una noche de amor, la mujer se levanta y se da cuenta de que el amante ocasional, que ella había conquistado o que la había conquistado a ella, se ha ido de la cama y de su piso. Como no lo conoce en profundidad, la mujer teme por su piso, por los objetos de valor que guarda en él: algo de oro, un collar heredado… y teme porque comprueba que alguien ha revuelto la casa como solo hacen los ladrones: cajones abiertos, objetos desordenados; tiene ante sí los vestigios que quedan cuando alguien, horas o minutos antes, ha buscado algo. La mujer se llama Jelena Nikolic y pertenece a la clase alta de Belgrado. Es rica, tiene miedo. Pero al cabo de treinta minutos descubre lo que su amante, Radislav Vujik, se ha llevado. No ha robado oro, dinero ni objetos valiosos, sino fotografías; ha robado las fotografías que había en su casa. Fotos de objetos, de paisajes, fotos de cosas que Jelena Nikolic ya no recuerda siquiera, pero la hace temblar sobre todo que, entre esas fotografías, Radislav Vujik se ha llevado también la de su hijo de seis años, la de su hijo.

Radislav Vujik, el sordomudo Radislav Vujik, tiene la fotografía del hijo de Jelena Nikolic, que, sin saber muy bien por qué, sentada en una silla, meciéndose continuamente hacia delante y hacia atrás, no puede dejar de temblar.

3. La mañana siguiente

Radislav Vujik no era un criminal. Nunca había hecho daño a nadie. Ella sabía desde hacía mucho que el hombre con el que se había acostado comía imágenes, aunque le habían dicho que podía estar tranquila: ese hombre, ese sordomudo, Radislav Vujik, no le haría ningún daño a su hijo.

Sin embargo, Jelena Nikolic no logra descansar. Han pasado ya varios días, y allí sigue. A media noche se levanta y va a la habitación de al lado. Su hijo duerme profundamente, sí, pero Radislav Vujik sigue en algún lugar de Belgrado, esa misma noche, y aún no lo han detenido (porque robar fotografías no es un delito que lo justifique, según los inspectores). Radislav Vujik sigue en algún lugar de Belgrado y Jelena Nikolic sabe que tiene una foto de su hijo. Y no puede conciliar el sueño.

4. Dos semanas después

Dos semanas después, Jelena Nikolic se despierta de madrugada con un sobresalto. Se levanta, va a la habitación de su hijo y descubre que no está. Empieza a temblar.

Y tal como la mujer —la que huyó del manicomio, la que fue hasta la estación central y robó una locomotora para ir en busca de su amor, esa mujer que no robó un caballo, una bicicleta, algo capaz de girar a izquierda o derecha para buscar a alguien, sino un tren, creyendo que era posible dar con alguien avanzando siempre en línea recta—, tal como esa mujer, Jelena Nikolic hace algo irracional. No roba un tren —no hay ninguna estación cerca de allí—, pero sale de casa y empieza a correr, llamando a su hijo a gritos, y corre en línea recta, cruzando Belgrado sin desviarse una sola vez. Jelena Nikolic va hacia delante como si lo que busca, lo que todos han buscado desde siempre, solo pudiera encontrarse avanzando en línea recta, sin desviarse, siempre en línea recta.

Episodios de la vida de Martha, Berlín

1. Berlín: zapatos

Martha. Museo. Fotos, estatuas.

Este torso que ha resistido a siglos sucesivos, pero no al hermoso Hombre, porque el tiempo es, a pesar de todo, entre otras artes mayores y menores, bastante menos eficaz en la destrucción.

Una estatua que resiste como un hombre después de la bomba: alza el brazo, pero el brazo ya no está; jamás agacharía la cabeza, pero la cabeza ya no está para que no la agache; y, si se quiere conservar el orgullo, hace falta por lo menos que el cuello y sus músculos no desistan de transportar el cráneo, como las mujeres que transportan velitas encendidas en ciertas ceremonias reservadas a los iniciados.

Pero fíjate, si miras a un hombre empezando desde abajo (por los zapatos, por ejemplo), el extremo queda arriba del todo, y entonces está completo hasta ese extremo: se han llevado la cabeza y la posibilidad de que la mano salude al paso del pacífico desfile militar; pero no es grave: fíjate bien en los zapatos de ese otro hombre sin cabeza y sin brazos: lleva los cordones perfectamente anudados.

¿Lo ves, Martha?

2. Berlín: fronteras

Y, más allá de la necesidad de alimentarse, del cristal del salón que ha roto algún chico sin luces, más allá de la mujer que se ha quedado embarazada de un pene al que apenas conocía, más allá de la vida pequeña y sus sobresaltos, está también la Historia, la robusta Historia, el siglo y sus grandes zancadas, los hombres muy fotografiados que firman documentos que parecen haber sido redactados por algún secretario del dios general de los países, si es que existe, y si no existe que lo inventen, porque ya no somos ingenuos al punto de tener dioses

del sol y de otros astros aún menos relevantes; un dios que administre no la luz natural, sino las fronteras del mapa, eso es lo que necesitamos.

—Pero ese dios tal vez exista y lo llamas Historia y te quedas tan contento —dice Markus.

Por lo demás, cuando una mujer se pone en cuclillas para orinar, qué importan las oscilaciones del mapa, que en el fondo son alteraciones gráficas sobre una pasta de papel civilizada, un mapa preparado para recibir nuevos trazos firmes por encima de viejos trazos frágiles.

A mí, de momento, no me interesan el mundo ni sus grandes decisiones. Puedes desnudarte. Yo iré a tu habitación, dejaré la cantidad exacta en monedas y, si es necesario, haré sobre las partes de tu cuerpo que la ropa oculta mejor ciertos movimientos que quizá no te gusten, pero el precio es justo y hasta hoy nunca he dejado ninguna deuda en el cajón de una mujer hermosa como tú.

Es Markus quien habla, quien piensa.

3. Berlín: lectura

Voy a contarte lo que veo desde la ventana. Primero han llegado sonidos que dan miedo, pero luego todo ha quedado claro: la ambulancia ha llegado haciendo ruido como si en su interior hubiese un estómago hambriento. Una ambulancia se detiene a escasos metros de tu ventana; de pronto, el ruido cesa y se apean varios hombres ataviados con bata blanca y aire apresurado. No hay duda: alguien está al borde de la muerte; seguramente no ha muerto todavía, porque los hombres que salen de la ambulancia corren a gran velocidad, entran en el edificio a toda prisa y, mientras hay prisa, hay salvación.

Y voy a contarte lo que ahora, en este momento, veo desde la ventana. Han pasado unos segundos, los hombres de la ambulancia están dentro del edificio, en algún piso indeterminado; no ha quedado ninguno fuera. Sin embargo, a la entrada del edificio, del mismo edificio en el que alguien no ha muerto todavía, un hombre que viste una camiseta roja de manga corta está apoyado y lee. Y lee. Y lee.

No sabría decir qué lee; no lo veo desde aquí; no es un libro. O es el diario o un folleto publicitario que anuncia precios rebajados en servilletas, detergentes, medio kilo de carne. Trata de ver, por favor, lo que veo yo: haz un esfuerzo.

Estoy en la ventana, no han pasado ni dos minutos, y hay una ambulancia delante de un edificio, silenciosa, pero con las luces parpadeando; y, en la entrada de ese mismo edificio, hay un hombre leyendo.

No hagas más elucubraciones; no exijas el bisturí para abrir el cuerpo. ¿Quieres más explicaciones sobre el mundo?

4. Berlín: historia

Estás a las puertas de Berlín, la Historia ha contratado a veinte mil escribas para que relaten lo que aquí ha sucedido, pero has venido en bicicleta y estás demasiado distraída pensando en ese hombre: Markus, que ayer te dejó una caja de cerillas —porque se la olvidó, no fue un regalo— y una magulladura en los labios porque te besó demasiado (como si Occidente estuviera a punto de ser invadido, pensaste).

Solo se besa así cuando la Historia está a punto de reventar el dique de contención y tú aún tienes edad de enamorarte para siempre o caer en otra exageración de las que trae consigo la juventud.

Markus es un hombre y ella es todavía una muchacha. Ha venido en bicicleta para mirar la Historia de frente y ver si así envejecía un poco y entendía mejor qué hacer con las manos y el pene ansioso de un hombre.

Markus, el hombre, vuelve mañana; ella quiere aprender deprisa lo que debe hacer con él: observa las puertas históricas de Berlín y se concentra como si estudiara una lección, como si estudiara griego antiguo.

Ah, pero ese hombre, Markus, no te hará quedar como una tonta.

Peor aún: hará de ti un ser humano; y estas palabras, que en un primer momento te entusiasman, no tardarán en darte asco. Te lavarás las manos, el cuero cabelludo, repasarás los cabellos de uno en uno como si buscaras piojos y te sentirás tan sucia que ninguna prenda te sentará bien. Sí, estás en Berlín, aunque podrías estar en otra ciudad: nunca perdonarás que un hombre mayor te haya convertido en un ser humano. Lo único que querías era no haber crecido, pero, cuando ya solo te queda ese deseo, es demasiado tarde.

Vuelves a casa en bici y te llamas Martha.

5. Berlín: Egipto

Museo. ¿La civilización egipcia? A mí qué más me da, piensa Martha.

¿La Historia? Pura propaganda, señora. Una forma de publicidad a la que se concede más importancia. Nada más.

Qué estúpida, piensa Martha.

—Los egipcios eran un pueblo que…

—¿De quién es esa cita? —se siente tentada de preguntar—. ¡Qué bonita! Pero ¿qué sabrás tú de eso, vieja? ¿Has tenido unos días de fiesta y has viajado atrás en el tiempo? ¿Qué tren has cogido, imbécil? ¿En qué estación?

—… Egipto tenía tumbas que…

En vez de hablarme del Antiguo Egipto, me gustaría que esta mujer me dijera en qué lugar de Berlín puedo coger un tren en el que no sienta miedo, en el que no me den asco las miradas que me echan algunos hombres.

Deberían construir un bosque artificial en el centro de Berlín para que alguien que desee sentirse perdido pueda internarse en él. En pleno centro de Berlín, de la gran civilización, un bosque: ¿tenemos tecnología para hacerlo o no? ¿Somos o no alemanes? ¡Yo quiero perderme, señora! Estoy harta de documentos, de palabrerío.

—Señora, ¿dónde puedo encontrar a un hombre del Antiguo Egipto en Berlín?

—¿Cómo dice?

Todos enmudecen. Martha suele hacer
eso, provocar, en presencia de sus compa-
ñeros.

—Un hombre, ahora, hoy.

—Por favor… —suplica la profesora.

6. Berlín: vértigos

Mira hacia arriba como los locos al salir del sanatorio donde les enseñan que la cura no viene de arriba. Los dioses no tocan ni a los sanos, pero ellos están locos: insisten. Miran arriba.

Pero no, no mires arriba: si lo que ves está demasiado alto, puedes caerte; hay

vértigos así: eres tan pequeño que te da miedo, sientes palpitaciones que, de entrada, por falta de experiencia, quizá confundas con latidos románticos o incluso obscenos; pero no hay cuerpos alrededor, tan solo hierro bien manipulado, ventanitas con luz al otro lado que anuncian oficios humanos, o quizá se paseen por allí otros animales a los que les gusta el calorcito que la electricidad deja caer artificialmente; pero fíjate: estás solo y pisas la tierra, y ahora, siglos después, tener los pies sobre la tierra equivale a ser tan frágil como alguien que, estando en el fondo del pozo, recibe silbidos, escupitajos y piedras de quienes, desde arriba, se manipulan los testículos con la mano izquierda mientras manipulan con la derecha un odio que sus iguales aceptan porque es bienintencionado.

Si solo estás sobre la tierra, no mires arriba: puedes caerte de la ciudad y partirte la clavícula, como los caballeros desastrados de la abyecta Edad Media que los libros nos enseñan a insultar.

7. Berlín: estatua, agua

En medio de la calamidad del mundo, hay al menos una estatua que goza. Eso es lo que ven ahora. Pero no emplean esa palabra.

Martha no lo dice, se finge fascinada por el arte, pero en realidad está fascinada por su propia excitación y por cómo arroja una obscenidad ilimitada sobre las cosas del mundo, sobre todas y cada una de esas cosas, sean las que sean.

¡Qué me importa a mí el arte! ¡A mí lo que me importa es Markus, Markus!

La profesora da una información muy relevante sobre una fecha de la que ni siquiera las bisabuelas de Martha se acordarían. Qué mujer tan estúpida, piensa Martha, ¿qué espera? ¿Por qué nos engaña? ¿Dónde está su hombre?

Todas las frases que Martha oye le suenan repetidas, como si esa mujer estúpida que tiene delante intentara imitar la primera frase que había pronunciado, pero cambiando el tono. El mismo significado, pero en distintos registros, más grave, más agudo, más falsete: como una actriz que practica el mismo diálogo en varios tonos para comprobar cuál de ellos tiene más efecto.

¿Por qué no se calla esta mujer?, piensa Martha.

¿Por qué no dice otra cosa?, ¿por qué no me habla de Markus?

—Necesito mear —dice Martha con su aire arrogante en mitad de una frase que contenía el siglo cuarto o quinto después de Cristo.

Todo el grupo enmudece. Mira a la profesora, que también permanece callada. Pero al cabo dice:

—En la última sala, a mano derecha.

Martha se aleja del grupo y avanza en la dirección indicada. Encuentra los lavabos y allí se queda, orinando, toda la mañana, hasta que en la sala del museo regresan al siglo veintiuno y las compañeras llaman a la puerta para decirle que ha llegado el momento de marcharse, que la visita ha terminado.

—¿Te ha gustado el museo? —le preguntan entre risas.

—Me he pasado el rato meando —contesta, y luego piensa para sus adentros: como si tuviera superpoderes. Ese es uno de los que escogería: el poder de orinar durante seis horas seguidas, siete, ocho, dos días enteros. Inundar Berlín, que tengan que evacuar la ciudad en barcos, la ciudad inundada, que la gente se ponga enferma porque mi meada es poderosa: solo los alemanes resistirían. Berlín se quedaría limpio gracias a mi orina. Luego me iría a otras ciudades alemanas y las iría limpiando una tras otra con el agua sucia que solo los alemanes entienden, los alemanes viejos, los hijos de alemanes, los hijos de hijos de alemanes. Mi agua sucia.

—La profesora ha hablado mal de ti —le dicen también las compañeras.

—Pues a mí me cae bien —contesta Martha. Con lo tranquila que estaba pensando. ¿Qué querrían estas?—. Algún día la invitaré a ver al hombre que está en mi cama —añade.

Las chicas se echan a reír.

—¿Y a nosotras?

—A vosotras no. Sois imbéciles.

8. Berlín: museo, rostros

Rostros de hierro. Una exposición.

Qué hermoso es el rostro humano, te dan ganas de agacharte y llorar.

Ya eres una mujer, ha pasado el tiempo, te llamas Martha y nunca creíste que pudieras confundir el hierro con el rostro humano. Son muchos y son idénticos.

Como alguien que busca a un pariente muerto, un hijo, entre cientos de

cadáveres: entre esos rostros de hierro, aparentemente idénticos, buscas el rostro que más se acerque al de Markus, ¡el hombre que con su pene hizo de ti un ser humano y no solo una niñita!

Tiene que estar aquí, piensas.

Han pasado ya varios años, sabes que te han engañado, que entrar en la sala de los seres humanos no es tan bueno como parece; y ahora piensas: tiene que estar aquí, el rostro de Markus tiene que estar aquí.

—Me llamo Martha —le dices a un hombre con los ojos inusualmente quietos, apoyado en la pared de una sala, con uniforme—. Tiene que estar aquí —dices.

—¿Quién? —pregunta él—. Esto es hierro —añade.

Y todo podría parecer normal, ese diálogo lo entendería hasta ella, pero a continuación el hombre añade casi en un susurro:

—Todos estamos aquí, pequeña. ¿Quieres quedarte tú también?

Y Martha desea a la vez, con idéntica fuerza, comprender esas palabras y no comprenderlas.

—No te entiendo, hijo de puta, ¿qué quieres de mí?

9. Berlín: decisiones

No es fácil decidir adónde ir. Eso lo tiene Berlín (y las demás ciudades, ¿las conoces?): puedes decidir, hay varias posibilidades; como si pudieras comprar un camino u otro, una decisión u otra; todo se vende y tus opciones también. Si me voy por ese lado del edificio, al fondo encontraré la muerte fumando serenamente un puro; si me voy por el otro lado, encontraré la muerte fumando un cigarrillo más discreto. ¡Ah!, ¡qué bueno es tener una personalidad y dos caminos! Llega entonces a tu mente la idea de que, al fin y al cabo, puedes huir, dar media vuelta en la esquina y echar a correr lo más deprisa posible, como si, por sorpresa, hubieses entrado sin invitación en una carrera de los cien metros lisos. Corre, corre, corre, pero no llegarás a tiempo. Al otro lado, al fondo, de nuevo una esquina y dos caminos: a un lado encontrarás a la muerte y su puro, al otro, a la muerte y su cigarrillo.

10. Berlín: campo

Fíjate, no es tanto que te fascine tu sombra o la sombra de los demás.

Markus ha desaparecido ya, tú te llamas Martha y, después de él, has tenido uno, dos, tres, cuatro hombres, y en un momento dado has dejado de contar, como si volvieras a ser una niña y solo entendieras los números que alcanzas a contar con los dedos, con las dos manos en ristre.

—Aún no he aprendido nada más sobre el mundo, y ya no sé contar cuántos hombres han hecho de mí un ser humano. Hubo uno —dice Martha— que me llevó a Polonia, a un antiguo campo de exterminio, y me dijo: «Te llevaré a la maternidad». Yo sabía que aquello no era una maternidad, le dije que sabía qué era aquello y que no quería entrar allí. Él me dijo: «Entraste allí hace muchos años, no habías nacido siquiera y ya estabas allí».

Entonces Martha preguntó, como si fuese tonta:

—¿Y cabíamos todos?

—Sí —contestó el que en ese momento era su hombre y más aún: su humano —. Sí —contestó él—, todavía cabemos.

Ese hombre se llamaba (Martha lo recuerda bien) Zek; un nombre extraño que ella pronunciaba como si tuviera mucha prisa.

—Es un nombre de quien está listo para huir —había dicho en cierta ocasión Martha.

Y Zek había contestado:

—Todos deberíamos tener un nombre así, un nombre que se mete fácilmente en cualquier maleta, que se saca de un sitio y se lleva a otro.

—El mío no cabe en ninguna maleta —repuso Martha—. Mi nombre es más lento. Tiene dos sílabas, mientras que el tuyo solo tiene una.

—Sí —contestó Zek—, y me gusta así. Es un error tener un nombre de pila con más de una sílaba.

—¿Por qué? —preguntó ella, pero él no dijo nada más.

Habían tenido este intercambio a las puertas de un campo de exterminio, en Polonia. Y ella, Martha, por entonces, ya era un ser humano y estaba casi contenta. No quería reconocer que estaba excitada en ese instante, porque en ese instante debería estar triste.

Zek dijo:

—¿Entramos o no?

Martha no quería entrar, no quería estar triste, prefería salir de allí con ese hombre y entrar en un hotel, alquilar una habitación y pasar con él esa noche, y

la siguiente, y después sí: huir como si tuviera un nombre monosilábico.

—¿Entramos?

11. Berlín: menos uno

Berlín. Martha. Piso –1.

Siempre estás en un piso negativo, e intentas subir.

Pero, mientras lo intentas, puedes besar y enamorarte.

Sin embargo, mañana estarás en la misma planta.

Menos uno: he aquí el número exacto de los habitantes de cualquier ciudad.

Y de nada sirve maldecir los pisos negativos; siempre te queda la imaginación. Puedes fingir, por ejemplo, que no estás intentando subir otra vez; que no has vuelto a la misma planta de la que, ayer mismo, intentabas salir.

Eres como Sísifo y hablas alemán, pero por lo menos en este siglo ya tenemos escaleras mecánicas; ahora, para entrar en la desesperación media de la ciudad, ni siquiera necesitas mover los pies.

Martha dice que no: no quiere subir. Las escaleras mecánicas le dan miedo.

12. Berlín: coches

No está perdida, pero tampoco contenta.

No tiene un hombre a su lado y la noche es demasiado hermosa, como si quisiera abusar de su debilidad, y una amiga perversa, al ver a Martha sola, insiste en enseñarle al hermoso hombre que se ha buscado. Si pudiera, Martha le asestaría varios puñetazos; pero no. Cuando eso sucede, la noche se vuelve fea.

Martha ve que las calles están allá abajo, los edificios allá arriba, hay luces a su lado y por encima de ella, no se ve una sola estrella y el cielo de Berlín ha sido ocupado por las ventanas altas de alguna administración. El cielo cumple horarios, pensó Martha, y sonrió.

Aquí todo funciona según las órdenes que vienen de las ventanas altas, piensa, y luego se ríe a carcajadas porque está casi desesperada.

A diez metros de allí, un hombre barre la calle. Su color no se ajusta al de la piel de Berlín (porque la ciudad tiene una piel, y esa otra piel no se ajusta a la suya). Pero no se trata del tono; Martha sabe que se trata de tener el dinero, y no el tono, adecuado.

Quiere preguntarle cómo se llama y lo hace.

El barrendero no contesta. Sigue tra-

bajando.

Ella insiste. Quiere saber cómo se llama. Le dice que le cae bien, que parece simpático.

El hombre no contesta, pero ella insiste, y de pronto el hombre estalla, la insulta.

Pero ¿en qué lengua habla?, piensa Martha.

Haga el favor de insultarme en mi lengua, se siente tentada de exigir. Pero no lo hace. Le han enseñado a ser tolerante; ha fornicado con hombres que no hablaban la lengua de Berlín; ¿qué quiere, convertirse en una mujer repugnante?

Martha pide perdón en la lengua de Berlín y se aleja.

Quería decirle también que, si fuera necesario, si él así lo deseara, ella, una mujer nacida en Berlín, haría el amor con él.

Ella pagaría la habitación y luego él podría volver a la calle y seguir barriendo Berlín de punta a punta, todas las noches, una tras otra, sin solución de continuidad. Que barra después Berlín de punta a punta, esta ciudad no para de ensuciarse; como cualquier gran ciudad, necesita servilletas, come demasiado, eructa, se quedan restos de comida en las comisuras de la boca de Berlín; hay que limpiarla todas las noches, venga, adelante, estupendo, ese gesto, ese oficio tuyo.

Martha observa a ese hombre, ahora ya a cierta distancia; se aleja para que el barrendero no se sienta intimidado, dándole espacio para que piense en su lengua: tiene todo el derecho a pensar en la lengua que quiera, en la lengua en que le susurran al oído. Quiénes somos nosotros para exigirle otra lengua a ningún ser humano, piensa Martha; y se acuerda de Markus, su primer amante, el que inauguró cierto placer que ya existía cerca de sus piernas, pero que ella no conocía del todo.

Ahora lo conozco, piensa Martha, conozco el placer en cada rincón, pero estoy en Berlín y me apetecía pasar la noche barriendo la ciudad. Me apetecía estar del lado de los que limpian, no de los que ensucian; pero no existe ese lado, el de los que solo limpian: el barrendero también ensucia. Martha lo mira ahora sin complacencia, es decir: ya sin deseo. Y entonces ve, confirma, lo abyecto que es

ese hombre, ¡lo feo que es ese hombre que limpia Berlín! Un hombre feo limpia Berlín. Hay que alertar a las autoridades, piensa Martha: un hombre feo limpia Berlín. ¡Hay que llamar a alguien!

De pronto, Martha empieza a comportarse como si todo lo que ha sucedido para sus adentros, en su mente, hubiese sucedido también para los demás. Se planta en medio de la calzada, interrumpiendo el tráfico; levanta el brazo, manda parar un coche, grita:

—¡Están limpiando Berlín! ¡Berlín!

Y entonces intenta explicarse acercándose a la ventanilla del conductor:

—¡Un hombre feo! —grita—. Allí, un hombre feo y oscuro. ¡Está barriendo Berlín!

Algún que otro conductor frena al verla, pero casi ninguno se detiene, y los que lo hacen vuelven a arrancar enseguida. Temen algo, aunque no sepan a ciencia cierta qué es.

Pero Martha sigue siendo hermosa, ¿qué edad tiene?

Es de noche, esa calle y las adyacentes no son perfectas; ella sigue siendo joven, y son las dos de la mañana; lleva una falda corta: un conductor se detiene, al fin, un poco más adelante. Se apea del coche, no tiene miedo. Ante sí hay una mujer, está sola, debe de estar medio loca, y él es un hombre, está solo y no está loco: quiere una mujer.

—¿Ha pasado algo? —pregunta el hombre que ha salido del coche—. No deberías andar así en medio del tráfico. Que te vas a morir.

El hombre tira de ella hacia la acera.

—No me voy a morir —dice ella.

—Sí que te vas a morir —repone él.

Martha estaba a punto de decirlo, pero al final solo lo pensó: no me conoces de nada, ¿cómo puedes saber si me voy a morir?

—Que no me voy a morir —insiste ella.

—Los coches… —empieza el hombre, mientras tira de ella y le toca deliberadamente uno de los senos con el dorso de la mano.

—Es ese hombre —dice Martha, señalando la otra acera, señalando una silueta ya muy lejana—. Es ese hombre —repite—. Está barriendo Berlín de punta a punta. Y nadie se fija. Tiene la piel… —dice Martha—. Fíjate —insiste—, ahí viene, es ese hombre de ahí.

Pero la silueta que se acerca desde la otra acera ya no es la del barrendero. Es una silueta de Berlín, cuyos padres eran de Berlín, cuyos abuelos eran de Berlín.

—Ese no es el barrendero —dice el hombre, que ya ha pasado el brazo derecho en torno a las caderas de Martha—. Lleva traje —dice.

—No es él —confirma Martha.

Ahora ya se distingue bien la silueta: es un hombre trajeado; cruza tranquilamente a ese otro lado de Berlín donde Martha se ha dejado rodear las caderas por un hombre al que no conoce.

—No es él —murmura.

Y cuando el hombre pasa junto a ellos, Martha aparta bruscamente el brazo cuya mano ya le acaricia las nalgas y se dirige a ese segundo hombre, el hombre trajeado:

—¡No eras tú! —le dice.

El hombre trajeado sonríe. No interrumpe la marcha, pero le sonríe. Martha lo sigue. El primer hombre, el del coche que se ha detenido y que segundos antes le rodeaba las caderas con las manos, la llama, primero con delicadeza, luego a gritos:

—¡Puta!

Y se queda viendo a Martha, que sigue al hombre trajeado, hablando sin parar, como si quisiera convencerlo de algo. A lo lejos, el hombre trajeado se vuelve a medias unas pocas veces, por delicadeza, sonríe, pero no se detiene. El hombre del coche se queda viendo cómo ambos doblan la esquina. Espera un poco más todavía. Puede que vuelva, piensa. Siente el pene todavía. Se queda unos segundos más, quizás un par de minutos —de noche el tiempo pasa de un modo irregular— pero al cabo desiste. Se vuelve a su coche, preocupado de pronto por él: lo ha dejado mal aparcado, con los faros encendidos, a ver si va a venir la policía, a ver si otro coche lo embiste, y en su mente vuelve al coche; menuda loca, piensa.

13. Berlín: bicicleta

Esa chica que va en bici por Berlín como si esos gestos bastaran para dominar la vida: la tensión de los puños y la leve torsión que dirige las ruedas a izquierda y derecha. Pero la vida no responde a unos mecanismos tan obvios; Martha aún no lo sabe, y sin embargo cierta inseguridad ha empezado ya a instalarse en sus piernas, como si fuera descalza y hubiese hundido el pie en el agua helada: una desagradable presencia fría le sube por los tobillos y se fija exactamente en su centro: una sensación de frío idéntica a la del placer.

Mira alrededor. Ha quedado con Markus. ¿Dónde está su primer Hombre? Aparca la bici, se apea, mira a las personas que pasan de un lado al otro como si supieran perfectamente adónde van, pero al mismo tiempo ninguna de ellas parece tener casa: todo el mundo anda buscando un lugar donde dormir, piensa Martha. Berlín, de pronto, parece no tener un solo habitante que lleve allí desde la víspera, como si a su alrededor, en las aceras, cruzando la calle, conduciendo coches, solo hubiese personas recién llegadas que van de aquí para allá olfateando, con las fosas nasales medio desorientadas, cualquier olor familiar que provenga de una puerta, una habitación, una ventana. Pero solo viene de las cloacas, casi grita Martha. Abrid las tapas de las cloacas: es ahí donde están los olores.

Martha no sabe lo que dice, no sabe lo que hace. Espera a Markus, que llega tarde. ¿Vendrá? Ella quiere perder lo que ha ganado con la edad, cierta vergüenza. Ya ha visto bastantes películas y revistas, está cansada de imágenes pornográficas; su trayectoria la hizo caer ante Markus; no es una obsesión, pero tampoco halla tranquilidad. ¿Eres tú, Markus? No, no es él, sino otro. ¿Es él quien viene por ahí? No, es otro.

Me dejaré crecer las uñas, piensa Martha, y si me caigo de un edificio sabré defenderme como los gatos y las gatas.

—¿Has visto a Markus? —pregunta Martha a un hombre (¿Qué edad tendrá este? Más de cuarenta).

—¿Cómo dice?

—Markus, ¿has visto a Markus?

—Lo siento, no lo conozco.

—Claro que lo conoces —insiste Martha, que sujeta por la manga de la chaqueta a ese hombre desconcertado (¿Qué querrá esta de mí?).

—Markus es un hombre como tú, seguro que lo conoces. Pero es más joven que tú.

—Lo siento, tengo que irme —dice el hombre, y tira del brazo, y con él de la manga de la chaqueta, y la mano de Martha cede.

—Adiós —dice ella—. Si lo ves, dile que lo estoy esperando.

El hombre no contesta, retoma el camino sin mirar atrás.

14. Berlín: metro

Martha vuelve a tener dieciocho años.

—Se trata de una infección. La ciudad necesita enfermar de una vez por todas, para que alguien la meta en la cama y la cuide.

Es Markus quien habla.

—Hay menos alemanes en este vagón que… —no completa la frase—. ¿Cuántos botones tiene mi camisa? —pregunta con brusquedad.

Martha sonríe y los cuenta. Ocho.

—No hay ocho alemanes en este vagón —dice Markus—. Todo el mundo ha venido de fuera.

—Las mujeres del Este han venido a desabrochar los botones de nuestros hombres —dice Martha.

—Eso no es lo peor —repone Markus, riendo.

—Tienes ocho botones —dice Martha.

—Yo dejaría entrar a las mujeres, pero a los hombres no. Extranjeros en Berlín, solo mujeres.

Martha dice:

—No me gustan los hombres que vienen de fuera. Por mí, perfecto: que entren solo mujeres. Algunas hasta me gustan. Las del Este son guapas; no me importaría que me desabrocharan a mí también… —y se ríe.

De pronto, un levísimo roce (¿quién es este?); Markus reacciona brutalmente, empujando con el tronco.

Toda economía del espacio es necesaria.

Markus levanta una valla con su propio cuerpo, como si Martha y él fueran bastante más anchos.

—No me gustan estos olores. Se te arriman demasiado… Y aunque no se arrimen físicamente, su olor sí lo hace.

Noto los olores en la nuca. Es como el olor de la cocina de los restaurantes sucios. Ese olor que asquea y que se empeña en besar la nuca de los clientes. Cuando salgo del metro siento la necesidad de lavarme, de leer un libro alemán, en la buena lengua alemana. Siento la necesidad de mear durante media hora para que toda la porquería salga hacia fuera. Para que no quede nada de lo que he recibido.

Martha permanece callada. Hasta entonces no lo había oído hablar así. ¿Qué sabrá ella de eso y de todo lo demás? Le gusta oírlo hablar. Tengo dieciocho años, piensa Martha, debo escuchar a quien me ha montado por primera vez.

—… tendrían que meterlos en el circo —continuaba Markus—. La gente pagaría por acercarse a ellos, por olerlos. Por ir a sentir asco, igual que los que van al cine para sentir miedo o a la montaña rusa para sentir vértigo. Pagarían la

entrada y acercarían la nariz a su cuello para olerlos. Luego tendrían toda la tarde, ya desde la distancia, para regodearse en el asco. Para cepillarse los dientes en casa quinientas veces y frotarse la cara de arriba abajo con jabón, para lavarlo todo, todo. Y el pelo. Los olores se adhieren más al pelo que a cualquier otro sitio, como si fuera una red que atrapa el olor de esta gente. Tendríamos que cortarnos el pelo al rape nada más salir de aquí. Su olor se adhiere hasta a las cejas. Deberíamos cortarlas.

—Estación de Oranienburger Tor —dice Martha—. ¿Nos bajamos?

—Sí —contesta Markus.

15. Berlín: asco

Por suerte, todos tenemos una ocupación. Avanzamos en incontables direcciones y, cuando la dirección que hemos escogido ha sido abruptamente ocupada por la naturaleza, mandamos abrir una carretera primero y luego el comercio; y entonces sí, puedes avanzar, comprar y vender cosas, y demostrar por encima de todo que la civilización empieza en el zapato, que no es tan solo un objeto de comodidad para una anatomía antigua, sino un objeto esencial, que marca una frontera, como en un mapa vivo, entre lo que está debajo de ti y es estúpido y lo que está por encima de lo que es estúpido y tiene un nombre, y a veces, quién nos lo iba a decir, llega incluso a ser racional.

No se trata tanto de no robar o de buscar nuevas maneras de no llamar *guillotina* a la guillotina; eres hábil con los nombres, como un carnicero que, en vez de recortar quirúrgicamente las vísceras, recorta palabras con minucia y domina a la perfección ese simpático don tuyo consistente en despreciar el asco porque tienes en los labios una palabra limpita, sin menudencias oscuras, recortada a un lado por el carnicero y al otro por la mujer de la limpieza que, en caso de necesidad, transforma con los dedos el polvo informe del suelo en recado religioso; si el cielo tiene ojos y mira desde las alturas hacia abajo, verá algún tipo de mensaje en lo que parece polvo, y si es de los hombres tal vez sea una llamada de auxilio, o bien, si es de un ciudadano más valiente, tal vez del polvo provenga una orden ante la que el cielo y sus representantes se encogerán de hombros, indiferentes, o insultarán desde arriba, como corresponde a los fuertes y recomienda la vieja ley de la gravedad que cualquier subalterno conoce y

respeta. Lo de cortar cabezas tiene un pase, pero no te olvides de los zapatos nuevos, alguna que otra vez de la sinceridad y, por encima de todo, conserva cierto brillo: que los demás al pasar, aunque lleven prisa, te miren como al barco que llega en plena noche con una lucecilla, una pequeña, pero potente luz en lo alto.

Martha, Martha, Martha.

16. Berlín: taxi

Markus llama al barquero, pero estamos en Berlín: el barquero viene en taxi y es un hombre rudo.

—¿Adónde?

—Al paraíso —dice Martha.

Markus hace una señal de complicidad al barquero: no le haga ni caso, dice sin despegar los labios. Solo los despega para decir:

—Danziger Strasse.

—Exacto: al paraíso —ríe Martha.

Se acomodan los dos en el asiento trasero del taxi.

Martha se inclina de inmediato hacia delante, la cabeza casi al nivel del tronco del barquero rudo.

—Nos vamos a una pensión —anuncia.

Markus tira de ella hacia atrás, para que se siente a su lado, y ahora es él quien se inclina hacia delante. Repite:

—Danziger Strasse.

Pasan pocos segundos, el barquero rudo conduce; su fealdad es tan evidente que Martha no puede dejar de mirarle el rostro a través del espejo.

Vuelve a inclinarse hacia delante:

—¿Cuántos cambios de marcha tiene tu barco? —pregunta, y formula la pregunta en el tono de quien solo puede estar hablando de otra cosa, de algo obsceno.

¿Pero qué hace?, piensa Markus, esta chica está loca.

—O ella se calla, u os bajáis los dos.

Markus se disculpa.

—Es muy joven —dice—, está ner-

viosa.

Martha asiente con la cabeza.

—Estoy muy nerviosa. —y se ríe.

El taxi avanza. En el asiento de atrás, los dos pasajeros van al fin callados. Markus abraza a Martha. Martha piensa: ahora me callo.

Y así es: se calla y mira, observa Berlín.

En Berlín las calles son deliberadamente antisentimentales. No puedes perderte en ellas. Van de un lugar a otro; empiezan, tienen una parte a la que se llama el medio y tienen un final que en realidad nunca lo es porque cada calle se desliza dentro de otras como si la ciudad existiera en distintos niveles. Una ciudad no tiene final, piensa Martha.

No son calles, sino documentos, archivos: sabes dónde está cada una, hacia dónde va.

—La ciudad está tan organizada que si te pierdes es porque ya no estás en Berlín —dice Markus.

Martha lo mira. Ambos observan las calles a través de la ventanilla.

El barquero murmura:

—Dile a la chica que no rasque el asiento con la uña.

Martha no se había dado cuenta de ese gesto. No quería estropear el buen barco del buen barquero; no quiere abrir un agujero por el que se cuele el mar. En Berlín hay miedo al agua, pero es el fuego el que ha arrasado la ciudad. Martha aparta la mano: posa la uña en el cuello de Markus, le hace cosquillas; él sonríe.

—Si cierras los ojos —dice Markus—, las farolas de Berlín se apagan.

Martha se ríe.

—Voy a intentarlo —dice. Y cierra los ojos.

Con los ojos cerrados, pregunta:

—¿Se han apagado?

—Sí —contesta Markus—. Todo está oscuro. Solo el barquero sabe por dónde vamos —susurra.

Martha se ríe. Abre los párpados.

—¿Se han encendido? —pregunta.

—Sí —responde Markus—, ahora mismo. Vuelve a cerrar los ojos —le pide.

Martha obedece. Y, con los ojos cerrados, dice en voz alta:

—¿Cuándo me follas?

Markus la manda callar delicadamente. Le pide perdón al barquero, que no contesta. Quizás no la haya oído.

Martha mantiene los ojos cerrados. Markus abre la ventanilla.

—Intenta adivinar en qué calles estás por los sonidos.

Martha se queda callada como si aguzara el oído, atenta.

Luego dice:

—No oigo nada. Solo noto tu olor.

Markus no contesta, le acaricia la pierna, acerca la mano al sexo de Martha.

—Por culpa de tu olor no puedo saber en qué calle de Berlín estamos —dice Martha—. Tu olor siempre es igual —añade, con los ojos cerrados—, es como si diéramos vueltas alrededor de la misma calle.

—Uno de los olores más importantes —dice Markus— es el de los cubos de basura. Hay barrios que huelen más a basura y otros que huelen más a árboles.

Martha tiene los ojos cerrados.

—¿Estamos en una zona con árboles? —pregunta Martha.

—Sí —contesta Markus—, es una zona rica. ¿Cuánto cuestan las casas aquí?

Markus formula esta pregunta en voz alta al barquero, que contesta:

—Cien mil veces lo que pagarás por esa puta.

Markus enmudece. Está a punto de mandar detener el barco; cabrón, piensa, pero no dice nada. Se vuelve hacia Martha y, sin despegar los labios, le dice por señas: ni caso.

Martha no ha entendido las palabras del barquero, o le dan igual: el mismo aire satisfecho y desordenado, como si su cabeza se viera constantemente zarandeada a uno y otro lado de Berlín.

—Fue aquí donde aprendí a escribir —dice Martha—. Es perfectamente lógico que me muera aquí.

—¿Atropellada?

—Es una buena muerte: atropellada dos, tres veces. Primero un coche, luego otro, que tampoco me ve, y después un tercer coche que no frena a tiempo. Tres veces atropellada para que no haya la menor posibilidad de quedar en coma, conectada a una máquina estúpida que no conversa conmigo y solo me deja vivir para no dejarme morir.

—Tres veces puede no ser suficiente.

—Pues cuatro, cinco. Me quedo disponible en el suelo, como si recibiera a varios hombres, uno detrás de otro: varios coches encima de mí, primero derribándome, luego rompiéndome las piernas, la cabeza, abriéndome en canal.

Markus se echa a reír con semejante disparate.

Martha sonríe.

—Sí, estoy disponible. Como si fuera una gallina: decidid cómo queréis comerme: degollada y luego asada, con mucho picante o con poco, entera en el horno o cortada a trozos. Después de muerta, soy una gallina: cocinadme como

queráis. Estoy disponible.

Markus no contesta. Su mano está en el sexo de ella; le señala las calles de Berlín. Berlín, ¿lo ves? Es hermosa, ¿verdad?

Notas sobre el proyecto de *Las ciudades*

1

Estos tres relatos transcurren en Europa y se centran en el aparente ajuste, o el fuerte desfase, entre la gran historia y las pequeñas vidas. Los dos primeros relatos se publicaron en antologías y el último texto, «Episodios de la vida de Martha, Berlín», sirvió como base para una obra de teatro. Hay cierta progresión temporal entre las tres narraciones, aunque nunca se concreta en fechas. Los dos primeros cuentos se centran más en acontecimientos exteriores, mientras que el último gira en torno a las sensaciones del personaje, como si la velocidad de los acontecimientos en Europa, y en estas ciudades en particular, fuera disminuyendo, volviéndose esencial el impacto interno de hechos ínfimos y casi insignificantes. Martha se halla ante una de las ciudades centrales del trágico siglo xx, Berlín, como si estuviera ante un museo que guarda objetos fundamentales de la historia de la Humanidad, tan solo con su cuerpo de mujer joven. Está viva y tiene un cuerpo.

2

En el libro *Matteo Perdeu o Emprego* (*Matteo ha perdido el empleo*), uno de los

personajes tiene un elemento raro de la tabla periódica tatuado en la espalda, en braille, para que un ciego pueda leer su cuerpo. En ese libro propuse la «tabla de las ciudades», una tabla periódica que —de modo paralelo al desarrollo de *El barrio* que da forma externa a la idea de un barrio ficcional habitado por personajes que comparten nombre con escritores, filósofos y artistas— hace visible un proyecto: el de *Las ciudades*. Ciudades que siempre se me han antojado no una geografía ni una arquitectura, sino un conjunto de movimientos humanos dotados de una tensión particular. No es algo estático, por tanto, sino un espacio que contiene infinitos relatos que, en su conjunto, crean una fuerza dotada de nombre propio, un nombre de ciudad, un nombre casi de personaje.

El proyecto de *Las ciudades* —entre *El reino* y *El barrio*— busca ocupar poco a poco, como hacen los indicios, esa tabla periódica urbana con relatos que se van infiltrando en cada uno de los elementos, como si esos relatos fueran la sustancia central de las ciudades; una sustancia no material. Si por casualidad fuera posible la utopía de escuchar todas las historias reales y todas las historias ficcionales (suponiendo que estas tuvieran un límite) transcurridas en una ciudad o en torno a su nombre, tendríamos algo cercano a su estructura orgánica.

Así pues, este proyecto se propone alcanzar cierta ciencia narrativa de las ciudades. Una ciencia imaginaria y, precisamente por ello, indispensable.[2]

[2] A continuación, aparece la tabla periódica de las ciudades, en la que se ha respetado la toponimia inglesa por deseo expreso del autor. *(N. de la T.)*.

Tabla de ciudades

1 AD Abu-Dhabi								
3 Ak Auckland	4 Al Alexandria							
11 Be Beijing	12 Bg Bagdad							
19 Bt Beirut	20 Bu Brussels	21 Bv Bratislava	22 Ca Cairo	23 Cb Casablanca	24 Ch Chicago	25 Cp Copenhagen	26 CT Cape Town	27 Db Dublin
37 Hl Helsinki	38 HM Ho Chi Minh City	39 Hv Havana	40 Is Istanbul	41 Jb Johannesburg	42 Jk Jakarta	43 Jl Jerusalem	44 Ka Kolkata	45 Kb Kabul
55 Lm Lima	56 Lu Luanda		72 Ph Perth	73 PP Phnom Phen	74 Pr Paris	75 Qb Quebec	76 RJ Rio de Janeiro	77 Ro Rome
87 Sy Sydney	88 Sz Salzburg		104	105	106	107 TA Tel Aviv	108 Te Taipei	109 Tk Tokyo

57 LV Las Vegas	58 Lx Lisbon	59 Ma Madrid	60 MC Mexico City	61 Me Melbourne	62 Mi Miami
89	90	91	92	93	94

									2 Ag Algiers
			5 Am Amsterdam	6 At Athens	7 Av Aveiro	8 BA Buenos Aires	9 Bc Bucharest	10 Bd Budapest
			13 Bk Bangkok	14 Bl Berlin	15 Bn Barcelona	16 Bo Bombay	17 Br Bruges	18 Bs Boston
28 De Delhi	29 Dk Dubrovnik	30 Dm Damascus	31 DS Dar es Salaam	32 Du Dubai	33 Ed Edinburgh	34 Fl Florence	35 Ge Geneva	36 HK Hong Kong
46 KL Kuala Lumpur	47 Km Kathmandu	48 Kt Kyoto	49 Kv Kiev	50 Kw Kraków	51 LA Los Angeles	52 Lb Ljubljana	53 Ld London	54 Lh Lahore
78 SF San Francisco	79 Sg Singapore	80 Sh Shanghai	81 Sl Seattle	82 Sm Stockholm	83 So Sofia	84 SPa São Paulo	85 SP Saint Petersburg	86 St Santiago
110 To Toronto	111 Vc Vancouver	112 Ve Venice	113 Vi Vienna	114 Wa Warsaw	115 Wh Washington D.C.	116 Yg Yangon	117 Za Zagreb	118 Zh Zurich

63 Mk Marrakesh	64 Mn Munich	65 Mo Moscow	66 Mt Montreal	67 Nb Nairobi	68 NO New Orleans	69 Ok Osaka	70 Os Oslo	71 Pg Prague
95	96	97	98	99	100	101	102	103

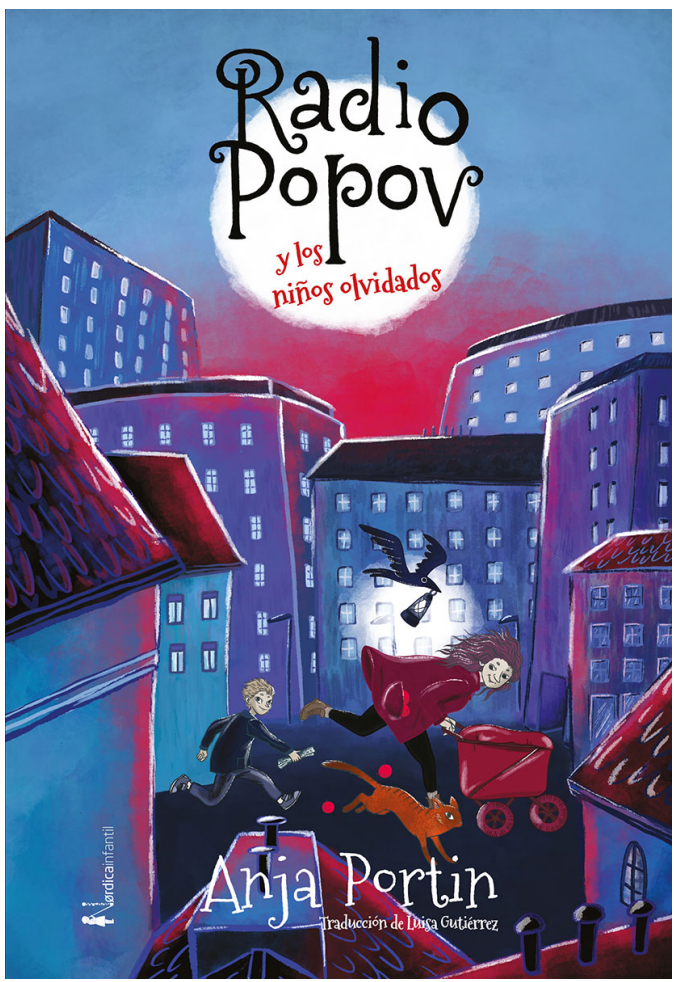
Si te ha gustado

Bucarest-Budapest: Budapest-Bucarest y otros relatos

te queremos recomendar

Radio Popov y los niños olvidados

de *Anja Portin*



El fisgón

Soy Alfred. Alfred Olvidado, el narrador de esta historia. Quienes narran historias saben que estas han de tener un inicio. Algo que pone en marcha los acontecimientos. Algunas historias comienzan con una conmoción estremecedora, como un volcán que entra en erupción o alguien que nace o que muere. O que recibe una carta asombrosa. Otras historias, por el contrario, comienzan con una pequeña ocurrencia insignificante, como probar si duermes mejor en el suelo de la entrada que en tu propia cama. Igual que decidí hacer yo una noche de octubre.

Esa noche lo había probado todo. Había abierto la ventana y dado la vuelta a la almohada. Me había puesto los calcetines y me los había quitado. Había bebido agua y había ido al baño, había comido medio pepinillo en vinagre y había bebido más agua, pero no conciliaba el sueño. Como nada ayudaba, agarré la almohada y el edredón, y con ellos bajo el brazo me fui al pasillo. Me tumbé sobre la áspera alfombra de la entrada, hundí la cabeza en la almohada y metí debajo la linterna que solía llevar por las noches en el bolsillo de la camisa del pijama. La alfombra de la entrada no se había aspirado en meses. La gravilla se me clavaba en la espalda y el barro seco, ahora convertido en un polvo fino, me raspaba, pero, por lo demás, aquel camastro me parecía bastante decente. Al menos suponía un cambio en mis noches sin pegar ojo.

Estaba tumbado en la entrada y escuchaba los sonidos de la noche. El radiador murmuraba y una rama de un árbol arañaba con sus uñas la ventana de la cocina. Por lo demás había silencio. O no del todo: las tripas me sonaban más alto que nunca. Tenía hambre. Un hambre espantosa.

Vivía con mi padre en el número cuatro de la calle Arcilla. Tal vez tendría que decir eso de que «vivía» entre comillas. O, mejor dicho, lo de «con mi padre», pues él llevaba tiempo sin pasarse por casa. Así que, en teoría «vivía» en nuestra espaciosa vivienda en un bloque de apartamentos «con mi padre», pero en la práctica me habían «almacenado» en aquel espacio de dos dormitorios, salón y cocina mientras mi padre estaba fuera.

Desde su partida había pasado por lo menos un mes, tal vez más, ya había perdido la cuenta. Mi padre estaba trabajando o, como él decía, «se ocupaba de sus bisnes» o «negociaba con gente importante» en algún lugar del mundo. Tal

vez en Italia o en México. O en Bali. Jamás me informaba de a dónde iba y cuándo volvería. Un buen día irrumpía por la puerta sin avisar, sacaba con arrogancia de la maleta una horrenda estatua o jarrón y lo colocaba en una balda de la librería. Acto seguido se acurrucaba en el sofá y no se movía de allí hasta que no llegaba el momento de largarse otra vez.

Por lo general, mi padre compraba comida antes de marcharse, pero esta vez se había olvidado de ir a la tienda. Pensé que me habría dejado dinero para comida y ya me había hecho ilusiones. Por una vez podría elegir yo mismo lo que quería comer. Nada de macarrones o biscotes secos, sino fruta fresca y queso y un pan recién salido del horno que me quemara los dedos, ¡qué delicia! Abrí entusiasmado el armario de la basura y me agaché para sacar una lata oxidada: la hucha de mi padre. Pero allí no había más que alguna que otra miserable moneda, que apenas alcanzaría para algo más que biscotes y papel higiénico.

Así que me iba a tocar aguantar con lo que encontrara en el armario de la cocina. Arroz, macarrones y finos biscotes de centeno. Kétchup, unos cuantos pepinillos en vinagre y unos bollos secos. Bolsitas de té y miel. Pero ahora las existencias habían comenzado a agotarse. Por el día había cocinado los últimos macarrones y sacado con un cuchillo lo que quedaba en el fondo de la botella de kétchup. Para cenar había tomado un biscote de centeno y un té earl grey con miel, el favorito de mi padre y que yo detestaba. Había preparado el té con agua caliente del grifo, pues hervir agua no era posible. Al parecer, mi padre había olvidado pagar la factura de la luz, y la cortaron al poco de haber cocido los macarrones.

Así que allí estaba yo, tumbado en completa oscuridad, con gravilla bajo la espalda y una taza de té tibio a mi lado, cuando oí unos pasos en el hueco de la escalera. Los pasos se detuvieron de repente y algo chocó. Luego de nuevo pasos, pausa, GOLPE. Pasos, pausa, GOLPE. Al fin los pasos se detuvieron delante de nuestra puerta. El fisgón estaba ahora de pie a solo un palmo de mí. Temía que el ruido de mi estómago me descubriera, pero por suerte mis tripas comprendieron en el último segundo que tenían que guardar silencio.

Suspiré de alivio. O de cansancio y de pena. Quizá por todo a la vez. A veces los suspiros me salían de dentro sin ningún motivo aparente.

Al otro lado de la puerta se hizo el silencio. Aguanté la respiración y agucé el oído. Quien estaba detrás de la puerta aparentaba hacer lo mismo. Traté de relajarme, pero se me escapó otro suspiro. Era profundo como un pozo.

Detrás de la puerta se oían crujidos.

Tomé aliento y pregunté: «¿Quién anda ahí?».

Ninguna respuesta. Tal vez el fisgón no había oído mi pregunta.

«¿Quién anda ahí?», repetí y puse la oreja contra la puerta.

En el rellano el silencio era fantasmal, hasta que de pronto el bocacartas de mi puerta repiqueteó y algo cayó al suelo. Busqué a tientas la linterna debajo de la almohada e iluminé el suelo. Delante de la puerta había… un periódico.

Así que el fisgón era solo el repartidor de periódicos, que a todas luces se había equivocado de puerta. Hacía mucho tiempo que mi padre había cancelado la suscripción al periódico, porque estaba constantemente de viaje. Él no sabía que a mí me encantaban los periódicos. De vez en cuando, buscaba ejemplares antiguos en el cobertizo de los cubos de basura y los leía de principio a fin. Ahora que habían cortado la luz, el periódico que había caído sobre la alfombra era un regalo del cielo, pues representaba mi única conexión con el mundo. El teléfono móvil no funcionaba porque no lo podía cargar. La televisión no tenía corriente, ni el ordenador, ni ningún aparato.

Extendí el periódico frente a mí para sumergirme en los sucesos del mundo y fantasear con que vivía en ellos. Para imaginarme en medio de una algarabía de voces y alboroto. En medio de luchas electorales, revoluciones y protestas. En medio de un grupo de jóvenes que rondaba el centro comercial y del inmenso tumulto de un estadio de fútbol. En medio de tornados, erupciones volcánicas y una espectacular lluvia de meteoritos que surcaba el cielo. Esta vez, sin embargo, mi imaginación no pasó de la primera página, pues, al abrir el periódico, de su interior salió una pequeña manzana de mejillas sonrosadas que rodó sobre la alfombra. La atrapé y le propiné un mordisco y toqué de nuevo el periódico. Tenía extraños bultos. Lo desplegué rápido y lo iluminé con la linterna. Entre las hojas habían metido a presión unos calcetines de lana grises y un sándwich envuelto en papel de cocina. Miré el hallazgo boquiabierto. ¿Había metido sin querer el repartidor su tentempié dentro del periódico? ¿O se trataba solo de una broma estúpida? De todos modos, me puse los calcetines. Estaban limpios y eran calientes y tenían tres rayas: una azul, una roja y una verde. Después, mordí con apetito un pedazo del pan y, mientras el sabor de la avena humedecida por las rodajas de pepino se extendía por mi paladar, me acordé del fisgón. Me puse de pie de un salto y abrí la puerta de un empujón. Pero el hueco de la escalera estaba oscuro y en silencio. El fisgón había desaparecido.

Bucarest-Budapest:
Budapest-Bucarest y otros relatos

Con gran libertad formal, Tavares nos lleva a un viaje en el que primero seguimos a la joven Martha en sus andanzas por Berlín, luego presenciamos el transporte de una monumental estatua de Lenin desde Bucarest a Budapest, mientras un violinista repatria el cuerpo putrefacto de su madre en sentido inverso...

Bucarest-Budapest nos expone sin tregua a la tensión de la elección y a la dificultad de traspasar las fronteras, sean cuales sean sus formas.

«Ganará el Premio Nobel en menos de treinta años. Estoy convencido. No tiene derecho a escribir tan bien con solo treinta y cinco años. Dan ganas de pegarle».José Saramago

Gonçalo M. Tavares (Luanda, Provincia Ultramarina de Angola, 1970). Narrador, dramaturgo y poeta portugués. Su voz literaria muy personal ha hecho que la crítica lo considere uno de los más destacados escritores en lengua portuguesa. En 2001 publicó su primera obra, *Libro de la danza,* de poesía. Luego entregó una secuencia de libros bajo el título *Cadernos de Gonçalo M. Tavares*. Ganó el Premio Branquinho da Fonseca da Fundação Calouste Gulbenkian y el premio del diario Expresso con su obra *El señor Valéry* y el Premio Revelación de Poesía, de la asociación portuguesa de escritores, con su libro *Investigações*. En 2007 ganó el Premio Portugal Telecom de Literatura con su obra *Jerusalén*.

Título original: *Bucarest-Budapest: Budapest-Bucarest*

© Gonçalo M. Tavares, 2019
Por acuerdo con Literarische Agentur Mertin Inh.
Nicole Witt e. K., Frankfurt am Main, Germany
© De la traducción: Rita da Costa
Edición en ebook: junio de 2022

© Nórdica Libros, S.L.
C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.º B
28044 Madrid (España)

www.nordicalibros.com

ISBN: 978-84-19320-13-1

Directora de la colección: Eva Ariza Trinidad
Maquetación de papel: Diego Moreno
Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón
Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Portada

Bucarest-Budapest: Budapest-Bucarest y otros relatos

Bucarest-Budapest: Budapest-Bucarest

La fotografía. Historia del vampiro de Belgrado

- Primera parte
- Segunda parte
- Tercera parte

Episodios de la vida de Martha, Berlín

Notas sobre el proyecto de Las ciudades

Promoción

Sobre este libro

Sobre Gonçalo M. Tavares

Créditos